

Viaje al paraíso y otros relatos

Manuel Picó Descalzo



LIBROS EN LA RED

www.dipualba.es/publicaciones

Viaje al paraíso y otros relatos

Manuel Picó Descalzo



LIBROS EN LA RED

www.dipualba.es/publicaciones

-Viaje al paraíso y otros relatos

Autor: Manuel Picó Descalzo



LIBROS EN LA RED

Soporte Técnico:

Diputación de Albacete - Servicio de Publicaciones - Gabinete Técnico

www.dipualba.es/publicaciones

2002

I.S.B.N.: 84-89659-97-4

La fiel Viviana

Viviana no vivía en ella desde que llegó a España y eso que hacía sólo dos meses que aterrizó en Madrid procedente de Italia.

Su propósito era estudiar español, pero el sol capitalino le socarraba las meninges hasta dejárselas como una pasa de higo y no pensaba más que en su novio milanés y en los «gelatis» de su añorada Italia.

Era de un pueblo de montaña del norte, cerca de Milán, y allí el sol apretaba pero no ahogaba como en Madrid.

No era fea pero tampoco bonita. La suya era una belleza interior, recóndita, como la que pueden tener algunos de esos insectos que se esconden debajo de las piedras. Eso sí, morfológicamente tenía nariz de pimiento y un cuerpo delgado del que, tal vez sin ropajes, se hubiera podido exclamar algo.

Ya casi dominaba el castellano. Este era un curso de perfeccionamiento. Pero sus temas de conversación eran de lo más plúmbeos que uno puede echarse al oído. La glándula tiroides era el preferido ya que sufría tirotoxicosis.

Empezaba a recular en el tiempo desde que notó los primeros síntomas. Seguía con los diversos tratamientos a que la había sometido una eminencia gris de la medicina italiana. Continuaba con un relato pormenorizado de las molestias tiroidales: intolerancia al calor, aumento del apetito y pérdida de peso, alteraciones del ritmo cardiaco y nerviosismo, cansancio y sudoración y, con suerte, una o dos horas después, concluía con la eficacia del yodo radioactivo administrado por vía oral para combatir la enfermedad -poco aconsejable para mujeres jóvenes como ella- y con el extracto de raíz de ginseng que se estaba tomando por aquellos días.

En realidad el ginseng no era el tratamiento más efectivo, pero le aportaba una gran cantidad de energía muy necesaria para paliar la debilidad muscular que también le producía su hipertiroidismo.

Quizás el mejor remedio fuese la cirugía porque, de este modo, el tejido hiperactivo producido por esta glándula endocrina se extirpa y la situación no vuelve a reproducirse. Pero Viviana tenía miedo. Además, a ella no le ponía la mano encima más que su novio Julio y, por supuesto, para otras cuestiones.

Y mientras daba todas estas explicaciones que en modo alguno me interesaban, sus manos alargadas y ñosas, se sobaban el pescuezo como si anduviesen buscando aquella puerca glándula que no paraba de trabajar y producir más cantidad de la cuenta de la guarrada esa de la tiroxina y quisiera arrancársela de cuajo.

Y sin quererlo la veía sangrando como un cerdo degollado, chorreando el puto yodo que consumía aquella glándula asquerosa y poniéndolo todo perdido.

En resumen, que uno quedaba hasta la rabadilla de la glándula tiroides y le daban ganas de tirar a Viviana por la ventana.

Otro tema de charla era el mal funcionamiento de los servicios en España. Los autobuses se retrasaban tanto que siempre llegaba tarde a clase, el metro era un infierno que bullía de gente, la contaminación atmosférica y los ruidos, insoportables, y especialmente el servicio de correos era de juzgado de guardia.

No se explicaba como su novio Julio le había escrito hace más de veinte días y todavía no había recibido la carta. Se había personado en las oficinas más cercanas y en la sede central de correos, pero las noticias de Julio parecían habérselas tragado la tierra. Menos mal que el teléfono, aunque carísimo, había servido para comunicarse con él.

No pasaba día que no preguntase por la carta de Julio. Y después comenzaba un largo desprotique en italiano del que salían rayos y centellas en contra del correo español. Y claro, Viviana comenzaba un sin vivir que le duraba de la mañana a la noche donde empalmaba con un nuevo día en el que volvía a hacer la eterna pregunta: «¿ha llegado algo para mi?».

Así, en una continua sucesión de la, a su juicio, desidia española, derretida por la canícula del mes de julio, Viviana volvía a pensar en su novio Julio y los “gelatis” tan buenos, tan italianos ellos.

Especialmente Julio era su tema favorito de conversación. Julio llevaba saliendo con ella más de diez años y en todo ese tiempo habían soportado las más duras pruebas: separaciones por estudios, un accidente que dejó al susodicho hecho un cromó, una depresión profunda de Viviana que les condujo a largos meses de abstinencia sexual, disputas familiares que por poco acaban a tiros y una retahíla de sucesos lo más parecido a una carrera de obstáculos. Pero Viviana y Julio los habían superado luchando contra viento y marea, exhibiendo una fidelidad bunker a prueba de bombas.

Por descontado que habían existido tentaciones y proposiciones deshonestas de lo más irresistibles. Pero tanto Julio como Viviana habían sabido frenar los envites del destino y los embates del deseo. Ambos eran una versión actualizada de Romeo y Julieta cruzada con algún culebrón sudamericano.

Viviana nunca se fijaba en los demás hombres. Para ella el sexo contrario empezaba en Julio y terminaba en Julio y sentía lo mismo ante un varón que ante un caballo, ambos pertenecían a otra especie y no le interesaban. Solamente su novio era la excepción.

A Julio le ocurría exactamente lo mismo. El suyo era un amor tan puro como el agua de los manantiales. Estaba tan seguro de haber encontrado en Viviana a la mujer de su vida que las contadas veces que miraba a otras, lo hacía con el mismo interés que un entomólogo a un insecto. Julio veía a una mujer de escándalo en una playa nudista y ni se inmutaba.

En resumen eran dos seres de mazapán que se movían ajenos al tumultuoso mar de las perversiones carnales de nuestra era. Dos auténticas piedras de pedernal dignas de figurar en la abadía de algún monasterio de clausura para que hombres y mujeres puros, castos y si fuera preciso, ciegos y castrados, adorasen el inhumano candor de la materia.

Viviana contaba aquel cuento de hadas con naturalidad y todo lujo de detalles mientras yo pensaba si en vez de italiana no sería alguna extraterrestre proveniente de alguna lejana galaxia. Al parecer, solo Julio era capaz de ponerla en órbita. Únicamente Julio tenía la varita mágica que la ponía a cien.

Un buen día, cuando hurgaba en su bolso, en un gesto de torpeza se le cayó y desparramó por el suelo mil chulerías. Le ayudé a recogerlas cuando, de pronto, descubrí dos pequeños envoltorios blancos que se habían salido de

una caja. Eran preservativo. «Los llevo siempre por si surge algo. Ya sabes, lo primero seguridad».

La desconsolada, la casta y fidelísima Viviana que vivía sin vivir en ella añorando la carta de su amado Julio, que nunca llegó a recibir, guardaba en su bolso un preservativo para calzar el glande de algún castizo ibérico, despatarrarse con libertad y darle gusto al cuerpo.

Nunca lo olvidaba. ¡Seguridad ante todo!. Hipocresía también. Pero su príncipe lascivo y aventurero tampoco llegó nunca y Viviana, por si acaso, se paseó por Madrid en pie de guerra pero fiel sin remedio. Pobre Viviana.

Con los ojos cerrados

Adela te besa con ardor, pero tú apenas sientes nada. Sus besos son como gotas de agua que resbalan con desgana por tu cuerpo.

Le doblas la edad con largueza y a tu cuerpo ajado y marchito le sería fácil engañarse, sentir que ella te quiere de verdad y no le importa tu edad, que acaso al final de la vida ya no cuenta la verdad ni la mentira, sino sólo el momento, el vivir un sueño y abandonarse al placer de los sentidos antes de que sea demasiado tarde. Pero tu cabeza no puede olvidar que la realidad es otra.

Adela gime pero no siente, jadea como una perra en celo cuando entra en contacto con tu piel, pero tu sabes que finge porque tu cuerpo sexagenario ya no es apetecible para nadie y menos para una joven guapa y de piel tersa que podría ser tu hija.

Ella te besa, pero tú cierras los ojos para sepultarlo todo y evocas la memoria de las mujeres que te amaron, de sus cuerpos, que se entregaron al tuyo sin límites.

Tu mente viaja en el recuerdo y rescolda entre las noches de fuego, pero apenas encuentra brasas que le den calor y de nuevo regresas al presente, a Adela, a su cuerpo, a sus labios, a tus ojos que leen en silencio palabras nunca pronunciadas que hieren como puñales.

Ella sólo busca tu dinero. No siente, actúa para conseguir su propósito. Su deseo es sólo egoísmo, y su cuerpo, sobre la nieve de tu invierno, es como fuego que derrite cuanto toca. Quizá pronto no seas más que agua entre sus brazos. Tal vez un día vayas a contemplarte ante el espejo y sólo seas una sombra desvaída, las cenizas de un hombre que quiso morir devorado por las llamas del sexo.

Adela guía tus manos hacia su grupa de potra rebelde, las posa sobre sus pechos rozagantes y dice que te desea, pero es mentira. Cabalga sobre ti en busca de un placer escondido, pero también ella cierra los ojos para no ver

tu cuerpo maltratado por el tiempo. Quizá sólo sella sus párpados para pensar que muy pronto heredarás tu hacienda, que no aguantarás demasiadas noches su lucha de hembra lujuriosa.

Cualquier día, por sorpresa, tu corazón lacerado se detendrá y ella sonreirá por haberse librado de ti, de tus toses de viejo achacoso, de la artrosis de tus huesos que te hacen caminar inseguro, de tu piel cuarteada de arrugas.

Tu mente sabe que bailará sobre tu tumba. Venderá la casa al día siguiente de tu entierro, derrochará en estúpidos oropeles el fruto de tu trabajo, de tu esfuerzo. Con tu dinero buscará jóvenes con los que saciar su lujuria y no te recordará un sólo día.

Pero la carne es débil y perdona las traiciones, sobre todo las futuras, y tu cuerpo viejo está cansado de cargar con el peso de la soledad, de no ser deseado, de sentirse ignorado. Tu cuerpo encanecido no necesita más pastillas ni más balnearios, ni dietas hipocalóricas, ni dejar de beber, ni olvidar la sal, el café y el tabaco. Tu cuerpo ajado, mapa de arrugas, sólo necesita que lo quieran, que lo besen, aunque sea mentira.

Sus pechos turgentes acarician tu pecho invernal, sus manos jóvenes recorren la piel blanda de tu cuerpo y recuerdas en ellas a las manos que te amaron, a los cuerpos que, como el de ella, te dieron placer cuando no estabas tan gordo ni tan calvo, cuando no tenías dinero ni hacienda pero eras joven.

Recuerdas a Ivonne, aquella chica del club Florida. Las luces rojas, las paredes rojizas, los nervios de la primera vez y aquellos quince años casi pueriles.

“Toca chaval, son de verdad” e Ivonne te pone una de tus manos sobre sus tetas generosas mientras tú te sonrojas de vergüenza. “Por ser tan guapo te hago descuento” –dice– y te lleva de la mano hasta una habitación. Allí se desnuda, te desnuda, te excita. Se sienta a horcajadas sobre ti en la cama y el somier, inhóspito, chirría al compás de sus movimientos.

Tus manos, torpes y ajenas, no saben dónde aferrarse. Su cuerpo canela es demasiado grande para ellas. Tampoco sabes dónde encaminar tu sexo, pero Ivonne te guía y pronto estás fuera de combate. “¡Ay mi niño, qué pronto te fuiste!”.

Luego, con el tiempo volviste a verla muchas veces para calmar tu sed adolescente. También a otras muchas mujeres cuyo nombre has olvidado, porque sólo fueron cuerpos anónimos y sin alma para acallar el deseo de las noches solitarias.

Recuerdas el cuerpo de Ainhoa, tu mujer, cuando se entregaba a tus caricias y besaba tus labios durante horas, cuando te abrazaba con ardor como si hiciese mucho tiempo que no te veía. La recuerdas y sabes que en ella todo era verdad, que te quería tal como eras, que el deseo sólo era deseo enamorado y no planeaba nada más allá del abrazo de tu propio cuerpo.

Tu mente viaja al pasado, a los días de vino y rosas y revive alborozado el ayer dormido, pero no olvida que, con los años, también Ainhoa fue sucumbiendo a la cercanía y la costumbre.

No recuerdas cómo se fue marchitando la pasión, ni cuándo ni por qué sucedió. Quizá fue el primer día que abandonaste su cuerpo entre tus brazos, tal vez cuando comenzaste a no mirarla a los ojos o la noche que, por primera vez, sentiste sus labios helados. No puedes recordarlo.

En la distancia de los años, la memoria se hace esquiva y se esconde entre la bruma.

Te quiso y la quisiste. Tal vez ahora que no está contigo la quieres más que a todas las mujeres del mundo, pero ya no puedes desandar el camino andado y volver sobre tus pasos.

Ahora te gustaría estar a su lado, escuchar su cálida voz, ver el mar al amanecer en sus ojos azules. Pero ya es tarde y sólo ahora sabes lo torpe que fuiste, y comprendes con tristeza que sólo la amas porque la has perdido.

Si siguiera contigo, ignorarías su presencia, igual que se ignora el sol que nos alumbra o la belleza del paisaje que vemos todos los días. Si durmiera en la misma cama que tú, ahora os daríais la espalda porque el peso de los días habría devorado el placer de sentirlos juntos.

Hoy Ainhoa vive en otra ciudad, en otra casa, con otro hombre y, esta noche, revives su cuerpo en el de Adela y sientes que ella te amó de verdad, más que nadie, y que tú cambiarías todos los cuerpos que estrechaste entre tus brazos por una noche más con ella.

Pero ahora todo es inútil y cierras los ojos y aspiras el perfume de la piel de

Adela. Quizás para sentir que no estás sólo, tal vez para olvidar que tienes los días contados y ella es demasiado joven, demasiado astuta, demasiado ambiciosa.

En la oscuridad de ese mundo ciego te entregas al placer del sexo. La piel como alimento, el placer como única meta y nada más. Pero no puedes dejar de pensar.

Tal vez el éxtasis es como la muerte. Llegar a él es como despojarse de la vida que uno lleva dentro y abrazar la calma que precede a una gran tempestad.

Sigues con los ojos cerrados para concentrarte en el puro placer, pero sabes que es más fácil hacer el amor que amar a una mujer sin alma.

Y cuando los abres contemplas de nuevo en los ojos de Adela la imposición y la codicia y los vuelves a cerrar para olvidarte de quien eres y de dónde vienes. Sólo quieres ser una máquina de placer, pero tú no eres como Adela. Tú estás forjado de otro metal y sientes el dolor de la vida. Tú piensas, y recuerdas y sientes que ni el cuerpo más perfecto ni el placer más carnal pueden sustituir a lo que uno lleva dentro.

Por eso cierras los ojos, por eso no puedes olvidar tu nombre, tu pasado y las mujeres que amaste.

Tu vida se cimenta en pedazos del ayer y derrumbarlos es derrumbarte a ti mismo.

Cuando tu cuerpo llega a la cima del placer, quedas atrapado en el ayer para siempre y con él te vas al otro mundo.

Por más que Adela intenta despertarte, permaneces inmóvil y tus ojos no vuelven a ver la luz del día. Ahora el presente y el pasado, lo mismo que todas tus arrugas, carecen de importancia

Viaje al Paraiso

Como cada tarde, mientras Octavio leía la prensa en el casino del pueblo, se escuchaba el ruido contundente de las fichas de dominó chocando contra las mesas y un leve murmullo de voces huecas: *cinco pito, me doblo, seis blanca, cuatro doble, paso...*

Era siempre lo mismo. Las mismas boinas pardas, los mismos rostros cuarteados por el sol y el trabajo duro, las mismas palabras, las mismas golpeadas fichas. El tiempo detenido a las cuatro de la tarde y las mismas voces de todos los días: *cinco pito, me doblo, seis blanca, cuatro doble, paso...* Dominó para matar el rato y la tarde muerta de antemano, como siempre.

Sólo cuando Octavio llegó al suplemento veraniego y vio las fotos de dos mulatas en tanga despertó de su marasmo. Aquello no se veía por el pueblo. ¡Vaya par de jacas!, ¡y qué carnes tan prietas!. Lo que él daría por ir a una de esas playas brasileñas y perder los ojos en medio de tanta exuberancia. Río de Janeiro, Sao Paulo, Recife, Porto Alegre, las cataratas de Iguazú... Playas de fina arena y cocoteros, selvas impenetrables, el inmenso Amazonas y mujeres. Mujeres bailando salsa por las esquinas, reales hembras de una hechura escultural paseando su palmito brasileiro.

Brasil, eso sí que era un viaje y no los que él hacía. El primer trayecto largo de su vida se decía pronto: Lourdes. Acompañó a tía Joaquina, que había hecho una promesa y no quería viajar sola. Plegarias, peticiones a la Virgen, virtud, devoción y la penitencia permanente de tía Joaquina. Que si gracias a la Virgen de Lourdes llegaría muy lejos el día de mañana, que con fe y agua de Lourdes nunca tendría el reuma ni se quedaría calvo y que, por supuesto dejaría de tener los pies planos y se le iría el estreñimiento.

De regreso, después de 20 horas de autobús, dos premios: el trasero como una torta cenceña y la cabeza como un tambor de tanto redoble de tía Joaquina.

El siguiente viaje fue nada menos que a Tomelloso con toda la familia en un seiscientos: sus padres, su hermano y sus abuelos. Todos bien apretaditos a celebrar su ingreso en la oficina local del Registro de la Propiedad. Fueron a la tasca «El Morapio». Sirvieron un tinto de la tierra y patatas a lo pobre y, en medio de semejante festín, a la abuela Epifania le dio un cólico y hubo que irse deprisa y corriendo. A los pocos kilómetros el abuelo se mareó, vomitó y perdió la dentadura. Fue sin duda un viaje inolvidable.

De luna de miel había sido la caraba. Como no había un duro fueron a casa de una prima de Encarna que vivía en Valencia. Y si, se acercaron a la playa, pero en el mes de enero y con las solapas del abrigo revueltas para que el frío no les hinchara los sabañones de las orejas.

Después cruz y raya. De la oficina a casa y de casa al casino. Cinco pito, me doblo, seis blanca, cuatro doble, paso...

¡Brasil!, ¡menudo paraíso!. Pero mejor olvidarse..

Iba a pasar la página del diario cuando descubrió un cupón de respuesta para participar en el sorteo de diez viajes a Brasil para dos personas y estupendos regalos. Octavio lo recortó y se lo guardó en la billetera para enviarlo. Mira que si le tocaba...

El tiempo pasó y Octavio soñaba todos los días con mulatas de carnaval y bailarinas provocativas. Le aburría jugar al dominó. Le aburría su vida sedentaria y monótona y ver el mundo a través del televisor. Y mientras sentía la mordedura de no haber viajado, veía Brasil y sus hermosas mujeres como un paraíso inalcanzable. Así hasta que acudió casa de Adelina, la bruja quiromántica del pueblo, para recibir una sesión de cartomancia en toda regla.

Adelina fue extendiendo una tras otra las resobadas cartas sobre la mesa. Había guerreros con espadas, caballeros a caballo, hadas hechiceras, pero, de pronto, apareció una hermosa mujer rubia que le hablaba de un paraíso.

- Adelina, ¿ves algún viaje? -preguntó con ansiedad Octavio-

- Veo cocoteros, playas de arena blanca, mujeres desnudas, un río de enorme caudal y una selva con grandes árboles donde cantan aves tropicales. Veo...

Sólo cuando las cartas se acabaron, Octavio salió de aquel mundo mági-

co y descendió entre los mortales con la satisfacción que de aquella vez no pasaba: iba a hacer un viaje de verdad.

Pero, con el paso de los días sin noticias, se integró de lleno en el aburrimiento. El gran viaje se desvaneció como un sueño imposible.

La inveterada música del dominó y las voces de sus intérpretes ganaban la partida: *cinco pito, me doblo, seis blanca, cuatro doble, paso.*

Hasta que un día, de forma inesperada, una joven rubia llamó la puerta de su casa.

- Hola, buenos días, ¿el señor Octavio Cifuentes?

- El mismo.

- Verá soy representante de la agencia de viajes a la que usted envió este cupón.

Octavio estaba loco de contento. Por fin iba a hacer un señor viaje.

- Pues bien, ¡enhorabuena!. Le ha correspondido la minienciclopedia ilustrada «Brasil a todo color», cinco magníficos volúmenes más cinco cintas de vídeo para que conozca usted Brasil sin moverse de casa.

Octavio se quedó hecho un completo memo. Cuando la chica se marchó, se desparramó en la butaca y miró el paquete de los libros. En la cinta plástica que lo envolvía se repetía: «Viajes El Paraíso, Agencia Internacional de Viajes, Viajes el Paraíso»

.

Un viaje de ida y vuelta

El paisaje discurre veloz a través de la ventanilla del tren. En cuestión de segundos las montañas, los pinares, las encinas y matorrales desaparecen y dan paso a campos de cereal y al verde de las viñas. Miras hacia delante, como si intentaras intuir qué pasará dentro de unas horas, cuando el tren llegue a su destino y bajes en la estación como un forastero, sin que nadie aguarde tu llegada. Desconocido y anónimo entre la muchedumbre, con la triste compañía de una maleta y el único propósito de empezar de nuevo.

Miras sin ver el paisaje y piensas en ella, en que en ese momento quizás estará llorando de rabia e impotencia al ver tu nota, insultándote por haberte marchado sin motivo.

Le dijiste que ibas a comprar tabaco para la pipa, pero de antemano sabías que no volverías, que había llegado el momento de decir Adiós y poner tierra de por medio.

La miraste con arrobo y deseo por última vez, como si quisieras dilatar el tiempo y ella te sonrió y te dijo: «Cualquiera diría que vas a la guerra».

La guerra había empezado hacía unos días con aquella absurda discusión. Y la más silenciosa de las guerras continuaba entonces, cuando, a pesar de estar junto a ella, la veías perdida y presentías que de un momento a otro, entre ambos, se iba a abrir una distancia remota, inalcanzable.

Y si eso podía suceder entonces, cuando el tiempo no había deteriorado la convivencia, qué pasaría cuando ambos se vieran envejecer.

Qué sucedería cuando no existiera el perdón y todo el día anduvieran con la escopeta cargada para disparar el veneno de las palabras, parar herir y hurgar hasta en la última yaga del alma.

Tú, la barriga hinchada de marido viejo que ya sólo comparte el placer de la buena mesa, machista y bebedor que sale de casa para no oír sus repro-

ches. Ella, ventruda, con las carnes flácidas y las piernas varicosas, sargento arisco de una tropa sublevada.

Vino viejo avinagrado, sacos de tedio frente al televisor, estatuas de indiferencia que dejan correr el paso de los años. Enemigos bajo el mismo techo, compartiendo la misma cama y la misma cartilla del banco.

Qué ocurriría cuando la pasión dejase paso al aburrimiento, cuando la tersura de los cuerpos se arrugase y los estigmatizara, cuando el sexo sólo fuese un recuerdo y la constante erosión de los días anulase todos los deseos, todas las ilusiones.

Qué pasaría cuando detrás de cada palabra hubiese una mentira y las frases sonasen como eructos o ladridos de perro en un muladar.

Conocía la respuesta a través del ejemplo de otros matrimonios viejos. Infidelidades en burdeles de carretera para olvidar que uno no quiere ni es querido, que sólo se es un inquilino malhablado que comparte piso y mira los atributos de las jovencitas por la calle, quizá porque su mujer ya no es guapa ni atractiva, sino sólo vieja y aburrida.

Canas al aire con el primero que llega, placeres fugaces en apartados hoteles para vencer la miseria de los días. Dinamita bajo los cimientos matrimoniales de la Santa Madre Iglesia, cerrojo acérrimo del voluble corazón humano.

Compras sin tino para evadirse de las horas de mortal aburrimiento, chismes bajo el secador de la peluquería para barrer el desamor sin coto del marido.

Indiferencia, gritos, golpes, crímenes... Las crónicas de sucesos estaban todos los días cargadas de guerras domésticas, de odio y dolor y, por nada del mundo tú quieres llegar a eso.

Mejor irse mucho antes, cuando los recuerdos todavía eran gratos y casi nada empañaba la relación.

Podrías haberte quedado unos meses más. En el mejor de los casos uno o dos años, pero de haberlo hecho, en qué mar de odio embravecido se habría convertido aquella frágil unión.

¿Hubieras sido uno más de esos energúmenos que aparecían en las páginas de sucesos?. ¿Hasta qué punto podríais destruirlos?

Ahora, mientras el tren avanza, te sientes quieto como una charca infectada de mosquitos, como si no viajaras a ninguna parte y fueras víctima de un destino errante, que ahora se abre paso en la distancia.

La distancia más larga, la más cruel de todas las distancias es estar cerca y sentirse muy lejos, ver que la presencia física del otro está junto a ti, pero no te acompaña, sino que ahonda más y más en tu propia soledad. Agua que no mueve molino, sombra del pasado, cáscara vacía y sin vida. Ojos que te miran y no logran verte, porque el tiempo es una bomba que lo destruye todo y nos hace invisibles al otro. Bultos con el corazón seco cuya mente está en otro mundo.

Quizás los sentidos y la mente se abotargan con los años y dejan de ser la medida de todas las cosas para convertirse en una distancia sin horizonte, infinita, insalvable.

Sin embargo, en el amor no importa la distancia física. Las leguas, los kilómetros, los metros, los centímetros, como toda la geografía del mundo nada significan.

La verdadera distancia es la que marca el corazón y la cabeza, la distancia de los sentimientos, y las barreras o los puentes que uno construye frente al otro no atienden a las leyes de la física.

Ahora, mientras el tren camina desbocado y ella está lejos, dudas y no sabes si deberías haber esperado más, si no has sido un cobarde al pensar que el futuro era una puerta tapiada, que el amor, aunque no tiene leyes, siempre empeora con el tiempo.

Miras correr el verde y el oro de los campos. Contemplas como el viento agita en oleadas los cebadales y sientes que tal vez sólo eres prisionero del miedo. Miedo a no ser nada, a hacer del amor una piedra desgastada. Miedo al desamor de esos matrimonios viejos que han hecho una ruina de lo que fueron, de todo lo que amaron y sintieron.

Te aterra la idea de ser uno de ellos. Por eso te fuiste a comprar tabaco, por eso vas en ese tren y crees que no debes volver, que has de empezar de nuevo una o cien veces, sin dar tregua a la carcoma del tiempo, bombero de todos los fuegos y pasiones.

Pero no puedes borrar los recuerdos. Los juveniles besos en el portal de

su casa, la vez que dejó partir el avión porque sólo quería estar contigo, aquel telegrama que se abrió paso en la distancia para comunicarte que te quería, que añoraba tus labios y tus brazos para ser solamente tuya.

Has olvidado cuántas veces, al atardecer, la amaste en la playa, al arrullo de su boca y del rumor de las olas. Tampoco recuerdas cuántos días escapasteis del tráfago del mundo sólo para acariciaros, besaros y olvidar la futilidad de tantos asuntos importantes.

Tu torpe memoria también olvida las noches que ambos anhelasteis el cuerpo del otro. La piel, las manos, las palabras, y como, en medio de la distancia y del deseo, volvíais a releer vuestras cartas con la misma fruición del día en que llegaron.

No recuerdas cuántos fueron los días y las noches de tantos momentos felices, pero sabes que fueron incontables, que quizás no vuelvas a repetirlos, porque cada instante de felicidad es único e irrepetible y uno jamás puede revivirlos de nuevo.

Piensas en las noches de baile lento y oscuridad, cuando el calor de vuestros cuerpos os fundía en un único volumen al compás de la música y los sentidos. Y como en una cascada ves las imágenes de vuestras separaciones: las lágrimas de las lentas despedidas, amarse hasta el último minuto, los últimos abrazos en el andén de la estación, el último beso, el último Adiós y un tren que, como ahora, se aleja y se pierde en la distancia para ser sólo nostalgia.

Recuerdas y dudas. Tal vez estás errando el camino, quizás el amor tiene que enfrentarse todos los días al tiempo para ganarle la partida y renovarse como las hojas de los árboles. Producir sabia nueva para no languidecer en el hastío de la rutina y saber que los golpes pueden derribarte, pero también hacerte más fuerte.

Regreses o no, nunca podrás saber si elegiste el mejor camino, si en otro lugar hay una mujer que te habría amado hasta la muerte y a la que querrías toda tu vida.

Sea como fuere, sabes que la felicidad no es un regalo caído del cielo, sino una fuerza interior, un afán por disfrutar la vida en cada instante, una lucha por sonreír por encima de todas las distancias.

El tren se aproxima a su destino, reduce velocidad y un paisaje de caminos de hierro y cables va indicando el final del trayecto, pero tú aún no sabes cuál es el tuyo.

A diferencia del tren tú no tienes un camino marcado. Eres libre y puedes elegir tu propio itinerario. Nada está trazado, nada decidido, son tus pasos los que abren camino.

El tren se detiene y te apeas, pero desde que das los primeros pasos sientes que pesa más el pasado que el porvenir, que debes luchar por lo que aún no has perdido y agotar hasta el final las últimas brasas del amor, hacerlo renacer si es posible.

De repente te das cuenta que no caminas en la dirección prevista, que ni siquiera sabes donde ir, y te sientes perdido y extraño.

Y otra vez piensas en ella, en que te has alejado pero durante todo el viaje tu mente no ha hecho más que perseguirla. Y regresas a la estación, preguntas cuando pasa el tren de vuelta, sacas un billete y te sientas en un banco a esperar su llegada. Sólo entonces te das cuenta de lo mucho que la quieres y del largo camino que queda para vencer el peso de los días.

El viejo Dinosaurio

Más gordo, más feo, más calvo, así se vio aquella mañana en el espejo. Después de los años, jubilado y cerrada la tienda hacía casi una década, el viejo Joaquín, se miraba y por primera vez contemplaba los estragos del tiempo. Como si hasta entonces se hubiese mirado sin verse para ignorar la propia decadencia de su cuerpo, o porque quizás, a caballo entre la ficción y la cobardía, había querido seguir viviendo el pasado, cuando la tienda rezumaba el olor de las especias, los embutidos y el bacalao y en las noches de verano la familia y los vecinos se sentaban en las sillas de enea sobre la acera recién regada para charlar sobre lo humano y lo divino.

Aquella mañana, delante del espejo, al día siguiente de dar tierra a su esposa, sintió que había envejecido 30 años de golpe y que jamás volvería a ser el mismo de antes.

Y con nostalgia, desde casa de la hija, fue donde antaño estaba la tienda. Nada recordaba la vieja fachada. La tienda, remodelada por su yerno Fabián, ahora era una simple cochera y la mente tenía que hacer un esfuerzo por retrotraerse al pasado.

Donde ahora están las puertas entonces estaba el escaparate y una puerta de cristales que al abrirla hacía sonar una campana. ¡Ay la campana!. ¡Cuántas miles de veces la habría oído!. Tenía aquella campanilla metida en los oídos para siempre. Todavía había noches que soñaba con ella. La campana sonaba y él despertaba adormilado porque tenía que atender a una cliente, o quizá porque era lunes y llegaba Angel Roldán, el de los salazones.

En la fachada, sobre el escaparate, un cartel con letras rojas rezaba: “Ultramarinos Joaquín” . ¡Qué ilusión por estrenarla!. ¡Cuánto afán por poner los estantes y el mostrador, por colocar cada producto en su lugar!.

Sesenta mil duros de los de entonces le costó montar el negocio. No tenía más

que la mitad, pero su padre y su suegro le prestaron el resto y al cabo de unos años saldó la deuda.

Era la única tienda de las Casas Baratas, y por ser única en el barrio en ella cubas de sardinas, carne de membrillo... Hasta albarcas para los hombres vendía de todo. Frutas, verduras, embutidos, salazones, aceitunas, latillas, del campo llegó a vender.

Joaquín pasa a la cochera. En un rincón, tapado con plástico todavía está el viejo mostrador de madera y el cajón del dinero. Levanta el plástico y acaricia la desgastada madera. Cuántas veces ha devuelto el cambio allí, cuántas veces estuvo de chanza con las clientas, cuántos piropos, cuántas cuentas de la vieja...

Allí atendió a Damiancillo, cuando lo fiado subía más de la cuenta y su madre se avergonzaba de dar la cara, y a María la Arremangada la que un día que estaba sólo le echó mano a la bragueta para pagarle en carne. A Julia, la de Ambrosio, que compraba los tomates por cuartos. A doña Encarnación y su hermana Luz, “dos mujeres y un solo marido”, a Remedios “La bomba” que le sisaba en cuanto se descuidaba. Mujeres de las Casas Baratas que le contaban sus problemas, que le hablaban de sus hijos y sus maridos, de su familia lejana, de las heladas y de los precios de la uva o las lentejas.

Todo se había ido por el desagüe. Hoy ibas a un supermercado y ni la cajera ni el cliente decían buenos días. Pasaba los productos con su correspondiente código de barras por el escáner y de forma automática te devolvía el cambio sin siquiera decir Adiós.

Ahora, en el siglo de la comunicación, hombres y mujeres compraban más que nunca pero no se comunicaban. Los vecinos podían apiñarse en un gran bloque de viviendas, pero no se conocían. No sabían lo que era un chascarrillo, ni un halago, ni una charla con el tendero. Y también los tenderos eran una especie en extinción, como un día lo fueron los dinosaurios. Hoy las compras se hacían en los hipermercados. Se compraba mucho y se callaba casi todo. Y la clientela, con todo el Internet, los móviles y todas las comunicaciones del mundo era más hermética que una lata de sardinas.

El viejo Joaquín era un viejo dinosaurio y él lo sabía demasiado bien. Cubrió con el plástico el mostrador y unas lágrimas furtivas resbalaron por su mejillas.

La tentación de Daniel

Te lo acaban de decir y has visto tu imagen reflejada en la suya. A tu vecino Argimiro le ha dado una embolia. La chica de la limpieza lo encontró esta mañana, como fulminado por un rayo en la butaca, mientras el profesor emitía un estúpido programa. Ahora está en coma, en ese compás de espera entre la vida y la muerte donde uno no es de aquí ni del otro mundo.

Hace un instante que tu mujer te ha dado la noticia y, de inmediato, te has puesto a pensar. Piensas que la vida es un túnel ciego, un camino entre el vacío y la nada donde uno se aborrega y se transforma en un volumen cargado de tedio, amargura de saber que los días y las noches caen sin sentido en el saco roto de una existencia miserable.

Ves que la vida se te escapa porque corre mientras tú te has sentado en mitad del camino, esperando el final con los brazos cruzados. Te debates entre el deseo y el presente. Quieres ser el héroe que rescata a la chica más guapa, el Don Juan dominador y agresivo, el triunfador aplaudido. Pero tú eres un simple operario de banca, un bulto que cuenta billetes, que baraja, apila y almacena reyes, príncipes y personajes ilustres en un papel especial. Un señor con gafas detrás de un mostrador que atiende a provincianos, gentes sencillas cuya única aspiración es tener dinero para comprar una viña o un automóvil nuevo. Hombres con la tez renegra del sol, que cuentan lo mala o buena que ha sido la cosecha y hablan de los precios de la uva o del vino, de la helada, del pedrisco, de la sequía inclemente en una tierra de árida, maldita.

Sentado en tu butaca piensas de nuevo en Argimiro Martínez, tu vecino, empeñado en hacer una vida sana, en no beber en exceso, en no fumar ni andar con mujeres y llevar una existencia monótona y nada divertida. Paseando todas las noches para activar el riego sanguíneo, comiendo moderadamente para hacer mejor la digestión y llevar el cuerpo con un reloj. Hombre morigerado, comedido y discreto. Calibre y balanza para alargar una vida gris,

plana como una estera, ahora entubado y vigilado en la unidad de cuidados intensivos del hospital provincial.

Piensas en Argimiro y en la estupidez humana. Piensas en esa vida que se debate entre la miseria y la nada y piensas en ti, en esa persona que atiende por Daniel Jiménez, en esa parodia de hombre, con más sueños que alegrías que, ahora, delante del murmullo vocinglero del televisor mira sin ver más que el reflejo de su propia ruina humana.

Nieve o hiele, queme el sol o llueva a cántaros, tú, Daniel Jiménez, honrado burócrata de la Caja de Ahorros provincial del municipio, sentimental e inquieto, llevas contigo la música de la puntualidad horaria, del tecleo de los códigos en el ordenador.

Como un amigo fiel te acompaña el sonoro susurro del recuento de billetes y la cantinela de los números. Cien mil, quinientas mil, un millón, dos, cinco, diez, imposición, reintegro. Veinte, sesenta, noventa, mil, números rojos, y como saldo, la mecánica de las horas muertas, la monotonía agolpándose detrás de las mamparas de seguridad, esa sensación de vacío de que el tiempo pasa sin haber vivido, sin sentir la menor emoción.

Desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde en que cuadras con los compañeros, te olvidas de que tu mujer ya no es la chica esbelta que te sonrió con rubor detrás de los cristales de una cafetería. Hoy, Carmen Caspe, tu esposa, es una matrona prominente, despótica, chillona, y posee la aborrecible virtud de renegar por todo.

Por unas horas dejas de pensar que tienes un hijo ramplón, entusiasta de una música que parece hecha a martillazos, un hijo que tal vez nunca sea un hombre de provecho. Pero, ¿acaso sabes tú el significado de esa expresión?. Creías que ese era un concepto destinado a alguien honrado que, como tú, trabaja todos los días, pero ya no estás seguro. A estas alturas, cansado del cuento de la cigarra y la hormiga, con cada vez más inclinación por vivir que por trabajar, un baño de incertidumbre te anega el alma.

¿Quién es el hombre de provecho, el que aprovecha la vida o el que trabaja y la va dejando pasar?.

Ahí estaba Manuel Heredia, compañero de tranco, escondite, trompo y

cromos repetidos a la puerta del colegio, gitano pendenciero que tiene a gala vivir del cuento.

Su vida es una aventura diaria. Sus sueños son bocadillos de lomo y una mujer que le caliente el hato.

Bigote de morsa, patillas de bandolero, pantalones a lo cantinflas, exhibe con mayúscula gandulería por las aceras un sucio y anticuado atuendo. Arrastra los pies, pues hasta caminar le resulta trabajoso, arrastra los pantalones, como si fuese devastando las calles y arrastra la vida entera, pero, a su aire, no se hace esclavo de nada ni de nadie.

No le envidias, pero algunos días quisieras ser como él. Levantarte con el sol en la cama y sin obligaciones, vagar por el pueblo dedicándote al curioso arte del gorroneo para después volver a dormir a pierna suelta.

Pero, tú, Daniel Jiménez, estás forjado de otro metal y, habituado a tu rutina, como noble trabajador que eres, de lunes a viernes, a las ocho en punto de la mañana, acudes a tu oficina de la Caja de Ahorros provincial.

Sabes de memoria el calendario de todos tus movimientos en la oficina: la sincronía automática del orbicular de los labios para sonreír al cliente que llega, la eficiencia mecanográfica de los dedos pulsando el teclado, el rito de apertura de la caja fuerte y ese olor indescriptible y cargado de microbios de los billetes usados.

Conoces a la perfección la visión de ese tesoro hecho fajos, capaz de catapultarte a los más dulces placeres. Cien, doscientos millones al alcance de tus manos para apartarte de la rutina, del dominó de las cinco de la tarde en el casino, de las horas muertas delante del televisor, de las disputas conyugales, de la ignorancia y la vida pueblerina.

Estabas cansado y, ahora, tu cansancio se ha multiplicado por mil con la embolia de Argimiro.

No quieres ser ese hombre anónimo que mata el tiempo delante del televisor. Te duele ser el probo y honrado empleado de banca, el paciente padre de familia que lleva la contabilidad de algunas empresas para cambiar de automóvil. Estas cansado de esa vida pequeñoburguesa y sin altibajos donde los días, iguales y vacíos, se enristran como ajos, envejeciendo, sin que nada cambie jamás.

Tú, Daniel Jiménez, hombre serio y cabal, triste empleado de banca, has hecho de tu vida un estofado desabrido. Cuentas cada día los caudales de los ricos, enfardas el dinero de los ahorradores miserables y apuntas los ahorrillos de las familias con espíritu de hormiga, pero no has sido capaz de hacer recuento de tu vida y comprender que estás siguiendo el absurdo camino de la monotonía y la miseria, ese que no te lleva a ninguna parte.

Tú, Daniel Jiménez, ahora eres juez de ti mismo y descubres que no quieres ser lo que eres, que no sólo vives para comprar electrodomésticos y pagar religiosamente tus impuestos, que la vida es algo más que el trabajo, la familia o ver televisión.

Te miras en el espejo del salón y quieres salir de tu propia piel, de tu casa, de tu sucursal provinciana y de ese pueblo que te ahoga en la nada.

Mudo, te observas y tu imagen se te revela igual a la de tu vecino Argimiro, esa figura gris, frugal y contra todo exceso, fulminada por el rayo de lo absurdo delante del televisor.

Quizá sólo ahora, mirando dentro de la corteza que te envuelve, te sientes en el deber de dictar tu propia sentencia. Puedes condenarte a ser el resto de tu vida un hombre espantosamente vulgar o romper con todo y fugarte con el botín de la caja fuerte de tu banco para embarcarte en la aventura de tus sueños.

Miras la foto de tu mujer y tu hijo en el aparador y ves un ayer proyectado hacia el futuro, la vida resbalando con desgana sobre los días. Después sales al balcón y echas un vistazo. Allá, a lo lejos, donde se encuentra el cruce de la carretera con la autovía se te abre el mundo, la ilusión incierta de tus deseos, la distancia como grandeza. Contemplas un buen rato la lejanía y de nuevo pasas al salón y miras la foto de tu mujer y tu hijo, pero ya sólo ves el horizonte de huída y, sobre él cabalgas como un fugitivo que busca un destello de felicidad.

.....

Será mañana mismo, sin más dilación, sin más cavilaciones. Tú, Daniel Jiménez, ejemplar empleado de banca, paciente padre de familia y hombre cabal, por primera vez en tu vida te convertirás en un ladrón en busca de

placeres, en el rebelde aventurero que se pone el mundo por montera.

Mañana dirás a tu mujer que pasado te irás a resolver unos asuntos del banco en la oficina principal y no vendrás hasta dentro de un día, Y a tus compañeros les advertirás que, al día siguiente tienes que ir a la ciudad a hacerte unas pruebas médicas. Nadie debe sospechar lo más mínimo hasta que tú no estés lejos.

Mañana, después de hacer el arqueo, pondrás una excusa cualquiera y te quedarás un rato más. Todos tus compañeros morderán el anzuelo. Eres el cajero responsable, el hombre de confianza, el perro fiel de la sucursal y nadie pensará ni por un momento que te vas a llevar hasta el último billete del banco.

Después, siguiendo el ritual numérico de la combinación, abrirás la caja fuerte, como has hecho otras miles de veces, y cuando huelas el dinero, sabrás que muy lejos de aquel villorrio hay un paraíso esperándote, una vida nueva, distinta, a años luz de la vida plana y mediocre que siempre has llevado.

Cogerás el dinero, quizás incluso te detengas a acariciar su suave textura, y, satisfecho de tu hazaña, en vez de cerrar la caja fuerte sin alterar el orden de ese tesoro que no te pertenece, irás echando a tu bolso, con alegría y codicia, los fajos de príncipes y reyes, de escritores y egregios hombres y mujeres para que te acompañen y pertenezcan en exclusiva el resto de tus días. Después te marcharás sin mirar atrás y, a cientos de kilómetros de allí, en Suiza, abrirás una cuenta numerada y, con un pasaporte falso, en el primer vuelo que salga, te irás a vivir a una isla perdida de la Polinesia y no volverás nunca más por ese terruño miserable.

Jamás te harás de nuevo el simpático detrás de unos cristales de seguridad, ni te calentarás la cabeza con tus compañeros hasta después de las tres por culpa de un arqueo que no cuadra. Ni contarás más el dinero de don Simón, ese viejo avaro que se enorgullece de engañar a los demás con sucias trampas en sus negocios y paga sueldos mezquinos a sus empleados. Ni te quedarás a ver la cara de estupefacción que pone tu jefe o tus compañeros al descubrir que no regresas y que no faltan cinco, diez o quince mil pesetas para hacer el arqueo sino que la caja fuerte está completamente vacía. Ni verás el gesto incrédulo de tu mujer, que siempre ha creído saber manejarte, ni soportarás por más tiempo sus gritos de soprano histérica. Para entonces tu estarás

en una playa de fina arena tomándote tu cóctel, mecido por el rumor de las olas o en los brazos de una bella asiática.

Sólo cuando no quede ni un mísero rectángulo de papel timbrado, sólo cuando te hayas llevado los ahorros de tus clientes como lo más natural del mundo, sólo entonces comprenderás que no hay mayor miseria que un buen montón de dinero en una caja fuerte y que ese loco afán de atesorar y poseer es lo que nos condena a no descubrir jamás lo verdaderamente importante en la vida.

Te marcharás en tu coche, camino de un hotel fuera del país y allí, después de dar una generosa propina al botones, sobre la cama de tu habitación, no contarás el dinero del viejo avaro de don Simón, ni los millones de la solterona de doña Andrea, ni los ahorros de una larga lista de clientes. Contarás tu propio dinero, toda esa fortuna capaz de hacerte escapar, de acabar de golpe con una existencia miserable para reírte del mundo. Cien mil, quinientas mil, un millón, dos, cinco, diez, veinte... Y como saldo, la vida entera para disfrutar a tu capricho, esa sensación de plenitud de que el tiempo es como una copa que hay que apurar hasta el último trago.

Ya nada puede detenerte. Vas camino de ser un hombre nuevo, de convertirte en otro y, en ese proyecto, tu honradez y tu buena reputación te servirán para allanar el camino de tu fuga. Una huída de ti mismo, de Daniel Jiménez, de todo lo que eres y representas para los demás.

Recostado en tu butaca, piensas en todo durante unos minutos y, ya decidido, haces la maleta y, aprovechando que tu mujer ha salido, falsificas tu pasaporte con otro nombre y pones una vieja foto en la que no pareces el mismo. También necesitas otro nuevo carné de identidad, pero no importa, mostrarás un pequeño resguardo y dirás que te lo están renovando.

Mañana lo único que podrá delatarte es tu coche. Su color rojo, su matrícula, será lo primero que busque la policía cuando tu jefe o alguno de tus compañeros abra la caja fuerte. Pero tú ya has pensado en eso. En mitad del camino lo abandonarás y te comprarás un coche de segunda mano, matriculado, con todo en regla y si, por cualquier circunstancia, tienes algún problema, cambiarás la matrícula y pintarás tu viejo utilitario.

Piensas en todos los detalles de tu fuga. En los problemas que pueden surgir, en el peligro de llevar tanto dinero encima, en como lo ocultarás, en tu capacidad como actor y como ladrón y, con estos pensamientos, sin siquiera esperar a tu esposa, cenas y te acuestas. Tienes que estar descansado para el día siguiente. Sin embargo, pasan las horas y no consigues dormir. Las 4, las 5, las 6, las 7 de la madrugada y tú sigues dándole vueltas a tus planes de fugitivo.

Al cabo de un rato, aunque vencido por el sueño y la tensión, te levantas. Es tu hora de todos los días. Te lavas, te vistes, desayunas, coges el bolso de mano y te diriges al banco con tu automóvil. Como siempre eres el primero en llegar, pero naturalmente, como empleado de mayor antigüedad y hombre de confianza, tienes tu propia llave de la oficina. A los diez minutos llega tu jefe y tus compañeros y al rato aparecen los primeros clientes.

Todo tiene un aire de lo más normal y tú, Daniel Jiménez, sigues fiel a tu papel de honrado empleado de banca, de cajero responsable y paciente padre de familia. Como un día más. Cauteloso, astuto, taimado, como un felino dispuesto a esperar con tal de atrapar su presa. Y atiendes a un cliente, a otro y a otro. Con prontitud, con simpatía y corrección. Y, aunque sólo tú sabes que hoy es un día diferente y que a flor de piel llevas el instinto de un rebelde, una vez más, te infecta la monotonía de todos los días. Así hasta que llega un cliente que desea hacer un ingreso de cien mil pesetas. Te entrega el dinero, lo cuentas y descubres que hay diez mil pesetas más. Lo vuelves a contar porque podrías haberte equivocado, pero no hay duda: hay ciento diez mil pesetas. Inmediatamente, de forma natural, le dices que hay diez mil pesetas más de lo que él cree, que si las ingresas en su cuenta también. Y él, agradeciendo tu honradez, te dice que sí. Y cuando le devuelves su libreta de ahorros, de nuevo te da las gracias, y tú, Daniel Jiménez irremediabilmente, te sientes ufano de ser un honrado empleado de banca, un hombre serio y cabal, un honesto y paciente padre de familia. Y, cuando se marcha, cortas en seco tu sonrisa de gratitud y tu aspecto de buena persona se transforma en el de un hombre vencido. Justo en ese instante, has descubierto que tendrás que renunciar a tu sueño y, ya siempre, formarás parte de una vida monótona y vacía. Y derrotado, piensas.

Piensas que eres absolutamente incapaz de atracar la sucursal, de defraudar a quienes en ti confían, de mentir, de abandonar a tu familia... Tú, Daniel Jiménez, no has tenido más aventura que tu viaje de novios ni más sueño que un imposible. Tú, ese ser moldeado por la responsabilidad y los buenos principios, impotente para distraer diez mil pesetas, jamás podrás robar un banco. Has visto en las películas como los atracadores huían con el botín muy lejos, pero tú, Daniel Jiménez, probo y honrado empleado de banca, nunca serás un vulgar ladrón ni el fugitivo sin escrúpulos capaz de poner tierra de por medio y olvidarlo todo. Tu vida tiene un molde y tú estás absolutamente adaptado a él. Si lo rompieras, igualmente serías un hombre moldeado.

Tú eres una persona formal a carta cabal que cumple religiosamente su horario en el trabajo, ese señor sedentario que le gusta tener todo en orden, ese hombre con propensión a la gordura que sólo pasea por casa en zapatillas. Tú eres tú y no puede dejar de serlo ni por todo el oro del mundo.

Creíste que podrías ser un delincuente. Pensante que la vida te había herido lo bastante como para transformarte en tu oponente, tu contrario. Imaginaste que podrías transgredir las paredes de tu educación y todas las normas establecidas. Pretendiste labrar tu camino y seguir el trazado de un sueño. Intentaste derribar los muros que tapiaban tu existencia, pero, justo ahora, a las 11,15 de un jueves de marzo, has descubierto que tú, Daniel Jiménez, eres el muro más grande que cerca tus horizontes. Porque, dentro de ti, no hay la fuerza suficiente para enterrar al hombre que va contigo, ni existe el coraje de cambiar, de ser otro, de vivir tus sueños.

Lo quieras o no, tú, Daniel Jiménez, eres un hombre honesto y cabal, paciente padre de familia y honrado empleado de banca en una sucursal de pueblo y, con toda probabilidad, nunca dejarás de serlo.

Sabina y las cerezas

Dicen que son máquinas tan grandes como camiones y tienen una boca de varios metros que se zampa los trigales en unos minutos. Parece cosa de magia: por un lado entra la mies y por otro sale el trigo limpio de polvo y paja. Un hombre solo siega las cosechas de «to» el pueblo. ¡Que adelantos!. Hay que ver lo que estudia la gente para no trabajar».

Feliciano el cojo hablaba con avaricia cuando se trataba de dar noticias sorprendentes. Tenía los dientes humientos y reviejos, como todo en él, pero contando primicias rejuvenecía por momentos y la lengua se le iba en desbandada de la boca con el afán de narrarlas.

Las cosechadoras no tardaron en llegar, pero tardaron demasiado. No vinieron aquel verano ni tampoco al siguiente y muchos hombres del campo tuvieron que seguir con las hoces y las zoquetas, con la trilla y el avente, como toda la vida.

Pedro tenía las muñecas abiertas y también su padre, pero ambos sabían que era preciso seguir para recoger la cosecha. Comían en el hato para no perder tiempo y segaban de sol a sol hasta el límite de sus fuerzas. Así durante muchos días, hasta que llegaba la hora de acarrear los haces y trillar las parvas.

Apenas se veía cuando Pedro salió al porche. Sacó a la yegua de la cuadra y le puso la cincha para engancharle el carro. Su padre y él tenían que acarrear los haces de trigo de Hoya Grande y había un buen trecho hasta llegar allí.

Aun no se había recuperado del cansancio del día anterior.

Aquella noche durmió poco y mal pensando en ella, en que mañana era día de baile y debía tomar una decisión, pero todavía estaba tan confuso como al principio. Si por lo menos no estuviera doña Urraca con ella, podría armarse de valor y decírselo sin interrupciones, pero la jodida vieja parecía estar

cosida a sus faldas y él nunca podía hablar con confianza más que cuando bailaba. Y como doña Urraca no les permitía que bailasen más de cuatro piezas seguidas sin ser novios formales,-porque luego venían las habladurías-pues nada, se le iba el tiempo en preámbulos. Y cuando se decidía a entrar en materia y decir lo que tenía que decir, había cambio de pareja. Además, como era mal bailarín siempre estaba muy ocupado mirando los pies para no pisarla. Y con semejante engorro uno nunca podía hilvanar bien las palabras ni decir cosa de fundamento. Bastante tenía con estudiar el movimiento de los pies. ¡Ah! y eso cuando había suerte. Porque cuando uno llegaba tarde al baile la noche se torcía y no había manera de arreglarla. A doña Urraca le daba por decir que su sobrina estaba pedida para diez piezas. Y para postre, luego se metía por medio «Fred Astaire», el hijo del alcalde, y no paraba de bajarle las manos más de la cuenta. Con ella bailaba «La comparsita», «la casita de papel», «la vaca lechera», «Francisco Alegre», «España cañí», «La burra sandunguera», «El gato montés» y todo el repertorio de la orquesta de Milciades con la complacencia de doña Urraca. Mientras él, impotente para evitar aquel abuso de poder, se quedaba en el machón de la esquina haciendo cábalas sobre las piezas que le faltaban, sin que le cuadraran jamás las cuentas. Hasta que, al final, se ponía como un energúmeno y de pura rabia bailaba con Teófila, la velluda, que nunca decía que no porque nadie la pedía, y con Enriqueta «Siempre dice si», que era infalible, con la gorda Sinforosa, que casi siempre estaba sentada, con Encarna «la escotá» que tenía una pechera para perderse, y con todas aquellas que venían a camino. Pero bailaba sin bailar y sin quitarle el ojo de encima a Fred Astaire. Y aunque se arrimaba más y más a sus acompañantes por darle celos, ni vivía ni sentía.

Ambos, cada uno en su rapto particular, cruzaban miradas incendiarias de celos. Y en medio de aquella comezón, él soñaba con ser Jack el Destripador, Al Capone o el asesino más malo de los que había visto en el cine, para eliminar de una forma muy bestia a doña Urraca. Y después acababa el baile y se iba con las manos metidas en los bolsillos y Fred Astaire le miraba con una sonrisa de superioridad burlona, como un vencedor satisfecho después de la victoria. Y él sentía que el mundo era mezquino y que nunca más volvería a hacer el pato en una pista de baile. Se marchaba a la plaza y dejaba caer las

horas muertas hasta el alba, pensando en la perversidad femenina, que no merecía tanto corazón. Pensando en ella, en esa chica con la que después de haber bailado 30 piezas desde que la conocía, sólo sabía dos cosas: que se llamaba Sabina y que le gustaban las cerezas.

Sí, mañana era domingo y había baile, pero ¿iría?, ¿se arriesgaría a ver bailar toda la noche a Sabina con Fred Astaire?, ¿sería capaz de decir en aquella ocasión lo que tenía que decir y acabar de una vez por todas?, o ¿estaría soportando indefinidamente aquel eterno suplicio?. Pensaba en ello en el carro, camino de Hoya Grande, cuando su padre le interrumpió:

-¿Qué es lo que te ronda la cabeza?

-Nada

-Una moza, seguro.

-Te he dicho que nada.

-¡A mí me la vas a dar!. Se te nota en los ojos: tienes mal de amores. Pues, si en esas andas, ya sabes lo que digo siempre: formalidad.

-Bueno... Es que...no sé.

-¿Que no sabes a qué carta quedarte?. Pues piénsatelo bien, que eso no es como el que se compra una camisa, eso es para toda la vida. Si eliges bien, se puede llevar. Si trías mal, no vas a tener mejor calvario.

Hubo un silencio profundo, como la tregua que precede a una batalla. La decisión era difícil. A él le gustaba Sabina, eso no tenía vuelta de hoja, pero aquello de comprometerse y ser novio formal... La verdad, le parecía una encerrona.

Sólo sabía que se llamaba Sabina y le gustaban las cerezas y esos dos argumentos no significaban mucho para tomar una decisión de tal envergadura.

¿Cómo se podía estar seguro de los caprichos del corazón?. Uno podía estar plenamente convencido de que los árboles no se mueven, de que en el mar hay agua, de que la tierra es madre y de que las madres tienen hijos. Pero, ¿cómo estar seguro del inestable corazón humano?, ¿cómo tener alguna certeza de la voluble libertad?, ¿cómo apestillar de golpe y porrazo los mil inciertos resortes del alma?, ¿cómo decidir en un instante todo el futuro?.

En cualquier caso, sentía la necesidad de ir al baile y fue lo que hizo al día siguiente.

Iba tenso y pensativo, como si tuviera prisa por llegar y al mismo tiempo sintiera miedo. Antes de entrar trató de sosegar y aparentar tranquilidad, pero fue inútil. Presuroso, sorteó la dispersa concurrencia del local que se preparaba para bailar, y en unos segundos se puso frente a la silla donde se sentaba Sabina. Afortunadamente doña Urraca no estaba.

La muchacha se quedó mirándolo con fijeza, como si presintiera que por fin se había decidido. Sus ojos negros le veían, por primera vez aquella noche, planta de torero. Un torero dispuesto a matar. Su corazón palpitaba a un ritmo acelerado. Su pensamiento se decía: «esta es la noche. ¡Por fin ha llegado!. De hoy no pasa».

Observó con ansiedad el movimiento mágico que de un momento a otro iba a producirse en sus labios. Creyó fervientemente que aquel iba a ser el momento más feliz de su vida. Sin embargo, la timidez de Pedro era un freno demasiado grande para abrir la puerta del amor a la primera. Al final, inquieto y dichoso, dijo: - A mi también me gustan las cerezas

- ¿Sólo las cerezas? -preguntó Sabina-

- Bueno, las cerezas y tú.

La novia del aire

La primera vez que la voz de su madre surgió de la tierra fue el día de su entierro. Bajaban el ataúd a la fosa cuando, de repente, venida del más allá o de las mismas entrañas del infierno, su voz de siempre se adueñó de su oído: “yo me voy y tú te quedas, te quedas para vestir santos”. Desde entonces, donde quiera que se encaminaba la voz iba consigo, apegada a su propia desdicha de solterona.

En la aldea no había más vecinos que su padre y ella. La vida estaba quieta como una charca. Carmen se entregaba a bordar, a hacer encaje de bolillos en un ajuar tan inútil como interminable y el silencio se espesaba en el aire de los días y las noches, avinagrado y mortecino. El tedio se agolpaba detrás de los cristales, en cada puntada, en cada minuto y las ollas se sucedían a los días sin ilusión ni misterio.

En otro tiempo la aldea estuvo llena de vecinos. En ella vivía Andrés el de la Sinforosa, que tenía su misma edad, Perico, el panadero, Julia, la velluda, que era pastora de un rebaño de más de cien ovejas, su hijo Nemesín, Victorino “Todorrasso”, el zapatero, que lo mismo ponía medias suelas, que hacía de sacristán, de mecánico, albañil o fontanero... Más de treinta almas que hacían compañía desde que el alba se desperezaba hasta la noche.

Ahora la aldea estaba vacía desde hacía dos años. Sólo quedaban Carmen y su padre. Las calles estaban desiertas. Los postigos permanecían sellados a cal y canto, la hierba crecía por las calles y delante de las puertas de las casas, las fachadas se desconchaban ante el abandono y, de cuando en cuando, una viga cedía y se desplomaba algún tejado.

- Padre, ayer se hundió el tejado de la sacristía

- Total, para las misas que hay que oír.

Carmen ha escuchado la indolencia una vez más, ese tenaz empecinamiento por seguir en la aldea contra viento y marea mientras todo se derrumba a su

alrededor. Amargo por la soledad, avinagrado en los adentros por ese ojo que perdió en la siega de mozo. Malmirandolo todo bajo la sombra de esa cuenca vacía, cueva oscura donde penar el resto de sus días. Un solo ojo de torva mirada, un ojo de perro cancerbero que la vigila como a un tesoro.

No es hombre de religión. Ella lo sabe de toda la vida. Pero en secreto, el año pasado retejó la sacristía como buenamente pudo porque a ella le hacía ilusión casarse de blanco en la capilla que albergaba. Ahora no podrá ser. Carmen acepta el hecho resignada, con la fatalidad que da el saber que está esperando a alguien que no vendrá, que aguarda un imposible.

Aquella es una tierra de nadie desde hace años. Apenas nadie la pisa más que ellos. Cuando se abre la veda se acerca un cazador curioso, en el estío algún turista que se ha perdido yendo hacia Riópar, y en todo tiempo, pero de lejos, puede verse a Argimiro, el pastor que lleva la dehesa de aquellos andurriales, un hombre feo y con los dientes claros que tiene por mujeres a las ovejas primalas y duerme sobre el estiércol. Nadie más. Sólo ellos, media familia, tres ojos y las voces de su madre en una aldea en ruinas.

Carmen quería irse cuando se fue Pedro, el de la calle de arriba, que era bien parecido, noble, y le gustaba. Llegó a pensar que un día vendría por ella. Y si, volvió, pero con su mujer y un crío pequeño y, como otras veces, lloró su soledad sobre el inútil ajuar, compuesta y sin novio.

Y también quiso marcharse cuando Nemesín se fugó de casa con un titiritero. Él era la última esperanza. Ya no quedaban hombres casaderos en la aldea.

Lo había mirado con el ansia de un hambriento. Él le había seguido el juego hasta el establo. Allí la abrazó con fuerza, la besó en la boca y le palpó los pechos y sintió la fiebre del deseo como nunca la había sentido.

Ahora sólo era un hombre más en el recuerdo y la bruma de aquellos besos se deshacía sin sentido en las noches solitarias.

El ajuara en alcanfor es lo único que se mantiene vivo en la aldea. Todo lo demás parece estar muerto.

Al poco de quedarse solos, su padre arrancaba las hierbas de las calles y arreglaba con argamasa las paredes y tejados de las casas. Quería mantener la aldea como cuando en las calles se oía el griterío de los chiquillos y todo

estaba vivo. Luego comprendió la inutilidad de su esfuerzo y se hizo cómplice del abandono.

La carcoma de los umbrales comía más deprisa que su voluntad. Las grietas de los muros no descansaban ni de día ni de noche y la desidia y el tiempo fueron minando su espíritu inquebrantable por mantener la dignidad de la aldea.

Ahora la casa de Rómulo que reparó está semiderruida y en ella anidan las culebras. Peor suerte corrió la casa de Gabino, el alcalde, remozada con mucho esfuerzo, que, ya sin cubierta, es un montón de escombros donde se cagan los pájaros y hacen cama las liebres.

Parece como si ambos asistieran al triste espectáculo del derrumbe de la aldea con su derrumbe interior.

Hablan poco y el silencio se agria como la leche fermentada. Carmen lo sabe: hoy tampoco vendrá nadie. Las noches caen sobre los días y todo está quieto como una charca infectada de mosquitos.

No, no vendrá nadie. Se lo repiten las voces de su madre con sorna: “¡a estas horas quien va a querer hincarte a ti el diente!. Tranquila puedes estar que nadie va a llamar al postigo”.

Tampoco ella irá a ninguna parte. No tiene valor para abandonar a su padre y, tarde o temprano, su único ojo de mirada torva se cerrará para siempre y ella se quedará sola en la aldea, mientras la voz de madre le atormenta: “espera que te espera, ¡novia del aire!, ¡solterona!”.

Las huertas que antaño estuvieron titas de repollos, lechugas, tomates, pepinos y judías, ahora son eriales y sobre ellas crecen cardos y ababoles.

Entre tanto baldío sólo destaca la huerta de su padre, cultivada con mimo. Hasta allí iba esta mañana cuando descubrió a un hombre robando lechugas. Era Fermín el quincallero, un pobre diablo que vendía abalorios e iba de pueblo en pueblo contando las muchas novias que había tenido.

Mal debía andar la venta de la quincalla porque no bien le hubo quitado las hojas a una lechuga se la comió a grandes bocados, como si no hubiera probado nada en varios días.

Carmen no quiso sorprenderle y se dio media vuelta. Sabía que dentro de un momento se encaminaría a su casa a pedir posada.

En todos los pueblos conocían a Fermín el quincallero. Era todo un artista contando historias y, siempre, de un modo u otro, relataba las muchas aventuras que había tenido con sus muchas novias. Jóvenes doncellas a las que iniciaba en el amor, mujeres casadas con las que se veía en secreto, viudas ricas que le pagaban todos sus caprichos, novias que perdían los papeles por su apostura y dejaban al novio a las puertas del altar. Incontables amores de toda laya que caían en sus brazos como por ensalmo.

Todas eran hermosas, ninguna se resistía a sus conquistas y apenas se escapaba algún pueblo de la comarca donde no hubiera tenido una novia o una aventura.

Pero su versión distaba mucho de los hechos y lo realmente cierto es que Fermín era un fabulador y trotamundos solitario, sin más novias que el cayado y el petate de quincalla, y sustituía su soledad y su abandono relatando las historias que inventaba su poderosa imaginación. Así sucedió una vez más en la casa del tuerto. Carmen le escuchaba con atención:

“Vísperas de su boda conocí en Riópar una moza que era la envidia del pueblo...”

Y Fermín siguió su relato plagado de mentiras, mientras Carmen reparaba en Fermín.

También él tenía algunos años más de los treinta y como no había conocido mujer se refugiaba en los sueños de apuesto galán sin siquiera parecerlo. Su propósito era único y simple: esconder a los ojos de la gente su soledad y el secreto inconfesable de que ninguna mujer le había querido.

Caminaba de pueblo por los caminos, astroso y hambriento, y para ganarse el calor de los demás y una comida, inventaba novias y aventuras, pero secretamente todos sabían que era un pobre diablo y, a pesar de que todo el mundo le quería, estaba más sólo que la una.

Cuando acabó su relato donjuanesco, Carmen llevaba un rato contemplándolo ensimismada, sin oír lo que decía. Luego se acercó y lo besó en los labios. Después, quedamente, le dijo al oído: ya no estás sólo, amigo. Ahora hay alguien que te quiere”. Sólo entonces ambos comprendieron que habían encontrado lo que, durante mucho tiempo, habían estado buscando. A partir de aquel instante Carmen dejó de escuchar la voz que siempre le acompañaba.

Un reparto difícil

Dos amigos, dos longanizas, una grande y otra pequeña, una hambre antigua que no conoce más que el zurrir de las tripas, y un día de camino para llegar al pueblo después de segar en la sierra de Cuenca.

Antón ensaliva desde que puso las longanizas en las parrillas. Damián se muere por hincarle el diente. No hace falta calentarse la mollera en hacer divisiones. La cuenta no tiene misterio. Una para cada uno, no hay vuelta de hoja.

Pero... ¿para quién será la grande?. ¿Para el primero que la coja?. La amistad y las buenas costumbres exigen ciertos modales hasta en las mesas más camperas. ¿Para el que acierte a pincharla a ciegas? No sería prudente, porque, con los ojos cerrados, cómo puede saberse si el compañero también los cerró, si no levantó los párpados más de la cuenta por ver dónde pincha. Además, si por un casual los dos pinchan la misma, ¿la otra longaniza no sería para ninguno?. No es una buena solución.

La longaniza grande, por respeto a las canas, debería ser para el mayor de los dos, pero con la diferencia de unos días, ambos tienen la misma edad. No conviene discutir por tan poco.

Bien pensado, lo mejor sería echarla a suertes. Al que le toque le toque y se acabaron las cábalas, pero... ¿sería justo?, ¿es decente jugarse la comida entre amigos?. No es lo más razonable

Las longanizas chirribean en el fuego y los dos amigos miran a la grande como objetivo. La grande tiene más chicha. Es más recia y más larga. De la pequeña todo está dicho: es pequeña.

La buena educación dónde primero se ve es en la mesa. Es una de las cosas que nos diferencian de los animales.

Las longanizas están listas en un santiamén. No conviene pasarlas. “Lo que se ha de comer el fuego se lo come el cocinero”. Los dos amigos tienen las navajas y el pan dispuesto para dar cama a la longaniza grande. Pero Antón es

más rápido y la pincha primero.

-“ ¡Hala, ya has cogido la más grande!, ¡que poca educación!”. –le espeta Damián.

-“¿Cuál hubieras cogido tú? –le pregunta Antón con perspicacia- Damián titubea: “yo..., yo..., bueno, la pequeña”.

- “Pues por eso te la he dejado”.

Y allí se acabó una discusión que es espejo fiel de nuestros actos en este mundo canalla en el que hemos confundido la educación y los modales con la hipocresía, y censuramos lo que nosotros habríamos hecho de no tocarnos la peor parte.

Lo innombrable

Ulises Teixidor tenía buenas amigas en su círculo de amistades, pero ja más tuvo una novia. Sin ser guapo no era feo. Divertido y simpático y con algo de dinero, era profesor de francés en un instituto de Arrecife. Sin embargo, Ulises Teixidor exhibía una razón que era tan vieja como simple para ser rechazado por las mujeres sólo medía 110 centímetros.

Las chicas hablaban y se reían con él, de sus ocurrencias, de la forma que se reía de su propia estatura, de sus chistes, de las historias que a menudo se inventaba para complacerlas, pero nunca traspasaban el límite que separa la amistad del amor, ni mucho menos la del placer sexual.

Ulises Teixidor, Uli para los amigos, caminaba todos los atardeceres por la playa para admirar el ocaso, esa hora del día en el que los perfiles se confundían entre el color calabaza y el violeta y él pasaba a ser un niño para los demás paseantes. Un niño con esperanzas de crecer del que todavía no se mofaban por la calle, una personilla de la que no hacían chistes sin gracia, un mozalbete virgen de la maldad humana que se ríe de los defectos de los otros.

Pero a Ulises le cambió la vida el día que hizo de la mentira un sueño. No el sueño de ser un galán de cine capaz de atraer a las mujeres como moscas a la miel. No un hombre rico y poderoso. Ni tampoco un Don Juan de discoteca. Ulises Teixidor sólo quería medir tres o cuatro palmos más. Lo suficiente para no tener que subirse en una banqueta a coger cualquier cosa de un armario. Lo justo para que los taquilleros de los cines no sólo le vieran su mano diestra pidiendo una entrada. Lo necesario para no conducir con tres cojines en un coche con el cambio automático.

Y ese día llegó cuando comenzó a chatear en Internet con Carmen Estella. El intentó ser sincero y desde el primer momento quiso confesarle su estatura, pero antes le dijo que era profesor de francés, y le contó dónde vivía, y le explicó que en Arrecife podían verse los atardeceres más bonitos del mundo.

Y también le confesó que se sentía solo, que le gustaba nadar y leer, que sus comidas favoritas eran unas papas bonitas con mojo picón y la fabada y que, de vez en cuando escribía en un diario. Y cuando quiso darse cuenta, ella le dijo que debía marcharse y Uli tuvo que dejar para el día siguiente lo más evidente, lo primero que todo el mundo veía en él.

Y al día siguiente le sucedió lo mismo, y al otro, y a la semana siguiente, y el nuevo mes que entró. Así hasta que comprendió que era demasiado tarde para decírselo, para contarle que su estatura era de sólo 110 centímetros y jamás podría apoyar los codos en ninguna barra de bar del mundo, ni sentarse en ningún asiento en el que los pies no le balancearan sin llegar al suelo.

Y Carmen le contó que también ella era maestra, que vivía en Villablino, un pueblecito de León donde hacía mucho frío, que tras su divorcio también sentía muy sola, porque no tenía hijos y su familia estaba lejos.

También le dijo que le gustaba leer, sobre todo libros de viajes y aventuras, que odiaba la cocina y limpiar la casa, que le gustaba jugar al ajedrez y también ir al cine, pero no le confesó que padecía osteomielitis, una enfermedad de los huesos y la médula que le impedía practicar ningún tipo de deporte y tener la libertad de movimientos necesaria para llevar una vida normal.

Carmen mandó su foto a Ulises y él pudo comprobar que nunca había sentido un calor tan cercano hacia una mujer tan hermosa. Ulises, para ocultar su secreto, le envió una foto de carné. Así ella no descubriría que sus brazos y sus piernas no estaban proporcionados al resto de su cuerpo.

Ambos tenían miedo a confesar su secreto y ser rechazados, y la relación se fue alargando en el tiempo, mucho después de conocer hasta los detalles más nimios el uno del otro y de pasarse centenares de horas ante la pantalla del ordenador.

La distancia era su aliada y su escondite, pero llegó el día en que ambos supieron que no podían seguir así, que debían enfrentarse a la revelación de lo innombrable, de eso que tantas veces habían pensado decirse y nunca se habían dicho.

Y así, un día, Carmen sacó fuerzas de valor y le dijo a Ulises que deberían conocerse personalmente. Ulises, cuyo defecto era inocultable, puso mil excusas para postergar la cita y ella, que creía haber leído el libro entero de su

vida, supo que más allá de todas las cosas que Ulises le había contado, había un secreto, una sombra que intuía como una corona de espinas y se agazapada detrás de cada pretexto.

Después de titubear y mentir un buen rato, él supo que había caído en la trampa, que no podía ocultar por más tiempo la realidad de su estatura y respondió con una pregunta: “¿te gustaría salir con un enano?”.

Carmen se quedó paralizada y durante dos eternos minutos sobre la pantalla del ordenador no apareció ni una sola palabra. Las manos quedaron como muertas a los lados del teclado. Las letras, inmóviles, enmudecieron ante el secreto revelado

Ulises pensó que quizás no había ninguna mujer en el mundo “normal” capaz de aceptar al hombre más perfecto si este medía poco más de un metro. Aquel era el mundo de la imagen, del físico, del culto al cuerpo y los enanos, aunque tuvieran una personalidad arrolladora, estaban muy bien para los espectáculos circenses, para lanzarlos al espacio y ser objeto de chanzas y de mofas, no para salir con ellos.

La pantalla en blanco ofrecía un aspecto desolador. Como el silencio que precede a una batalla perdida, igual que la calma que deviene en olvido. Era obvio que Carmen, enterada de la noticia, había desconectado y allí concluía una relación imposible que, desde el principio, se había sostenido sobre una mentira.

Ulises se dispuso a desconectarse de la red, pero en ese momento llegó la respuesta de Carmen: “No lo sé. Espero que al menos me dejes intentarlo. Aunque antes me gustaría que me dijese si a ti te gustaría salir con una mujer enferma.

Ulises se quedó sorprendido ante la revelación y también él tardó en responder, pero al final escribió: “Me gustaría si la enferma eres tú”. Una semana después Carmen y Ulises se vieron y empezaron un largo periplo de convivencia.

Hoy viven juntos, apoyándose el uno al otro en sus defectos, unidos para superar sus dificultades.

A menudo, al tardecer, cuando la playa Honda de Arrecife se queda desierta, a esa hora del día en la que los perfiles se confunden con el color calabaza y el

violeta, pueden verse las figuras de esta singular pareja caminando junto a la orilla del mar.

Las horas muertas

Como cada tarde la madre hace ganchillo junto a él. Las manos menudean con destreza sobre la blanquísima labor. Las agujas raudas al compás de los dedos y el ovillo de hilo rulando en el bolso abierto, como un mundo atrapado que gira y se empequeñece con el paso de los días.

Para ella también el mundo es algo pequeño y cotidiano: arreglar la casa, asearse, vestirse y tomar el 92 camino del hospital para estar con su hijo Mario. Así durante cinco años, desde aquel fatídico accidente con el que entró en coma y se convirtió en el eterno durmiente.

La madre lo peina, lo lava, lo afeita, y sobre todo, le habla.

“Desde que tu padre murió, la cama siempre está fría y, como estoy sola y no me distraigo con nadie, escucho los cuartos, las medias y las horas del carillón. No sé para qué demonios compramos un reloj que suena tanto.

De tu novia Irene mejor no hablar. Hizo lo que debía. Pero a ti, a ti se te va el tren de la vida y ese ya no vuelve”.

“Aquí estamos un día y otro y otro. Hasta que Dios quiera, estancados, como el agua de una charca, con el reloj parado. Yo con mi ganchillo, y tú ahí, postrado en la cama, ni vivo ni muerto, mientras el mundo gira y gira.

El sol sale y se pone y nos alumbra y las calles son un hervidero de gente que camina, va al trabajo, sueña, piensa y hace planes, pero tú siempre estas a oscuras, tieso como un palo, sin toser siquiera. La vida aparcada en tierra de nadie, muda, quieta como una estatua, sin que nada acalle el tic-tac de los relojes ni cure la herida abierta de las horas muertas.

Y yo, aquí, a contemplarte, como quien contempla una marioneta sin hilos, un cacho de madera.

Por las mañanas, en casa, abro la ventana, miro el cielo y pienso en ti. “Mira que si hoy volviera». Y luego cojo el 92 y te veo dormido, igual que todos los días, y ya no siento ni frío ni calor y todo resbala con indolencia sobre mí.

Cojo mis agujas de ganchillo y muevo las manos con premura para no verte, para olvidarme de la quietud de las horas y no pensar que no has vuelto, que todavía estás en el otro lado y quizás no regreses.

Cuando veo tu foto sobre el mueble-bar o suena el teléfono me digo: “¿se habrá ido?, ¿lo habré perdido para siempre?”. Y si así es, cómo puedo perder lo que no tengo. Cómo se puede perder lo ya perdido. Cómo se puede sentir la muerte, cuando esto es tan semejante a un entierro”.

Y por fin Mario despierta y la madre está loca de contenta. Poco a poco comienza a recordar a su novia Irene, lo mucho que la quiso, lo mucho que la quiere.

Al cabo de unos días Mario empuña el auricular del teléfono como un jugador de ruleta rusa empuña una pistola. Tiene miedo. Miedo del correr del tiempo, que todo lo cambia, miedo de no ser nada para ella.

En cinco años hasta el amor más grande puede olvidarse y ser sólo polvo dormido.

Basta un minuto para que un rey sea derrocado, un simple segundo para que el corazón deje de latir o una bala derribe un cuerpo en el suelo.

Cinco años es una eternidad, un abismo. Mario lo sabe y la mano le tiembla mientras sujeta el auricular y marca el número de Irene.

No podrá reprocharle nada. La culpa fue suya y los errores se pagan. Él sólo tenía prisa por verla, por abrazarla y el coche derrapó en la curva y cayó por el terraplén.

El teléfono da varios zumbidos y la voz de su madre le responde que desde que se casó ya no vive allí. “Eso sí, de vez en cuando viene con la niña”.

El auricular se le cae de las manos. La madre quiere saber quien pregunta por Irene y le sugiere dejar recado. Pero él ya no la escucha.

Ayer la amaba más que a su vida y hacían castillos en el aire.

“El año que viene nos compraremos una casa. Una casa con una cama grande para amarnos todo el tiempo. Y tendremos cinco hijos como cinco soles, y nos querremos siempre”.

“Siempre”, ¡Qué estúpida palabra para la efímera existencia de un hombre!. ¡Qué necio afán por hacer eterno el voluble corazón humano!

Hoy es el mañana del que hablaban y ella está con otro y es madre de una hija.

Ahora son otros brazos los que la estrechan, otros los labios que la besan, otras las manos que acarician su cuerpo, y él es un resucitado que llama por teléfono con el propósito imposible de recuperar el pasado.

El reloj no se detuvo, las saetas siguieron imparables su camino y el mundo giró sin descanso. Mientras él estuvo preso, el mundo fue pájaro. Cuando él calló, los demás cantaron a la vida. Cuando Mario se convirtió en piedra, el planeta rebulló. Hoy, perdido el compás, camina sin rumbo, herido por el tiempo.

Un mes después Irene descubrió que Mario había despertado y fue a verlo. Se abrazaron como entonces, y lloraron de emoción, pero no se atrevieron a besarse.

Irene le dijo: “Mi vida ha cambiado, pero tengo una deuda de amor contigo”. Y él, desde aquel mismo instante, sólo vivió para saldarla. Pero los días se hicieron eternos e Irene no se atrevió a llamarlo. Y él apostado junto al teléfono sintió que quizás nunca volvería a estrecharla entre sus brazos, que a menudo las palabras van por delante de la voluntad. Hasta que un día ella le llamó: “nos veremos mañana en el hotel Luna, he reservado una suite, pero con una condición: será la última vez”.

Por miedo a la despedida aquella noche duró dos días. Las caricias fueron más dulces que nunca, y los besos más largos y tiernos, y el sexo más apasionado. Y sólo cuando ambos estuvieron exhaustos comprendieron que había llegado el momento.

Irene se marchó huyendo de sí misma para que él no la viera llorar. Mario se tumbó en la cama, cerró los ojos y aspiró su perfume a albahaca como si quisiera retenerla para siempre. Pero la eternidad sólo duró un instante y durante muchas noches, recordó el cruel compromiso de no volverla a ver, de no amarla, de no destruir su nueva vida. Y en la soledad de su cuarto, mientras escuchaba las horas, las medias y los cuartos del carillón, se atormentaba con los celos del marido. Ese ladrón que le había robado lo que más quería. El mismo que por las noches haría el amor con ella, el mismo que la besaba y la abrazaba como él hubiera querido hacerlo.

E Irene pensaba en Mario, en su soledad. Seguía queriéndolo. Nunca debería haberle dicho que sería la última vez. Ahora se arrepentía y deseaba

con todas sus fuerzas que él rompiera el pacto acordado.

Pero fiel a su palabra de caballero, Mario nunca la llamó. Hasta que un día, desesperada por abrazarle, Irene fue a verlo.

A partir de entonces fueron amantes y se acalló el tic-tac de los relojes, mientras el lento compás de las horas se hizo vida entre la vida.

Las huellas borradas

Durante mucho tiempo removí cielo y tierra en busca de la vieja agenda de cuero donde anoté su dirección. Un día, de forma casual, apareció en un estante, detrás de unos libros, y nada más verla fue como remover las honduras del sentimiento y la memoria. No por las mil direcciones inútiles que en ella están anotadas, sino porque aparece el nombre de Mar Fernández, la calle donde vive y su teléfono, anotados un día por ella misma, y esta grafía me conduce a un pasado de vino y rosas en el que el amor era tan grande que no tenía medida.

Ambos nos casamos con otros, tuvimos hijos con otros, y la vida y la distancia acabó por separarnos para siempre. Pero al evocar su nombre. Hoy pienso que me equivoqué, que acaso pertenezco todavía a ella y todo lo que sucedió después de nuestra ruptura es como vivir la vida de otro.

Hace unos años, nos vimos de forma casual en un tren con el mismo destino y pude comprobar que su hermoso rostro era como una bocanada de aire fresco después de haber estado mucho tiempo en una cueva.

Como mucho antes, acaricié la negra cascada de su pelo y ambos nos estremecimos como si fuera el placer más grande del mundo.

Ella me regaló su pasador del pelo y me dijo que era tarde. Hoy siento que me falta el aire y añoro ver como el viento mueve su pelo.

A menudo, anhelando ser su amante, escribo su nombre en la arena de la playa y las olas, en un ir y venir interminable, borran las huellas de su nombre, como si todo fuese olvido.

Todas las brasas acaban en ceniza, pero yo sueño y hago eterno el fuego que me dio calor para que no muera jamás.

En noches de luna llena, el rumor del mar se hace música y me canta lo mucho que la quise, lo mucho que quizás aún la quiero, lo feliz que intenté ser

y no soy, los sueños que no me atreví a hacer realidad, y entonces siento que nunca es tarde para empezar a vivir.

Me tumbo frente a las estrellas y veo sus labios, que con tanto ardor me besaron, huelo el jazmín de sus manos, recuerdo los brazos que con tanta pasión me estrecharon y siento que sólo está vivo quien quiere de verdad.

Y, después de tanto tiempo, marco su número y escucho su voz y nos citamos en la cala desierta donde un día nos amamos.

A la hora convenida sólo divisó a lo lejos un hombre calvo que camina. Ni rastro de Mar.

Por un momento pienso que le ha faltado valor, que en el último instante ha decidido no venir, que sigue pensando que es demasiado tarde, demasiado difícil, que ha pasado demasiado tiempo y no podrá deshacer el camino andado.

Creo que no vendrá. Pienso: me quedaré con las ganas de ver su pelo al viento, de besar los labios tantas veces amados en el recuerdo. Ha sido una estupidez venir hasta aquí y haberle comprado un perfume.

Sólo la figura del hombre camina hacia mí. Un hombre escuálido y con la cabeza rapada que, de repente se planta delante de mí y me mira sin decir nada.

Es Mar. Sólo la reconozco al mirar a sus ojos. Me da un beso casto en la mejilla que yo devuelvo con extrañeza y pregunto qué ha sido de su pelo y por qué está tan delgada.

«Es la quimioterapia, llevo tres años luchando contra el cáncer» ha dicho tratando de disimular la tristeza. Luego hemos hablado de nuestra vida, de los recuerdos, de nuestros hijos, de lo estúpidos que fuimos cuando nos separamos...

Y poco a poco, mientras la miraba y le hablaba, la sentía más y más extraña.

¡Cuánto había cambiado!. Que lejos quedaban aquellos días en los que íbamos a la cala para estar juntos, los besos dulces de inacabables despedidas, las escapadas en moto hacia el espigón y las noches en blanco sólo para que-
rernos.

En mi recuerdo Mar era una mujer hermosa, en el presente una leve sombra del pasado, casi una desconocida que de pronto irrumpía en mi vida.

En mi infelicidad la había añorado tantas veces pensando en los recuerdos y en las viejas fotografías, que llegué a creer que todo seguía a igual que entonces.

Había intentado caminar de nuevo sobre mis pasos, seguir el rastro del pasado, y por un instante imaginé que podía parar el reloj del tiempo y revivir el ayer. Pero el tiempo camina a una velocidad de vértigo y corre como un torrente ladera abajo, mientras la quietud de la memoria se estanca como una charca y sólo perdura en las viejas fotografías. Como una sombra, como un espejismo de lo que fuimos y no volveremos a ser, porque se perdió en el camino.

Hablamos, hablamos hasta cansarnos y nos despedimos con un fuerte abrazo y las lágrimas empezaron a correr.

Hoy Mar se fue para siempre. Fui a verla a su casa y le tomé una de sus manos entre las mías y como si todavía sintiera parte del calor de antaño me miró a los ojos con dulzura y le sorprendió una muerte largo tiempo esperada. Durante un instante me he quedado contemplando su cadáver y he pensado en la torpeza humana, en mi propia torpeza.

No supimos aprovechar la vida y ser más felices. Malgastamos el tiempo sin hacer nada por perdonarnos y querernos, por ser los que fuimos un día.

Sólo el ser humano es tan estúpido como para no darse cuenta de su propia finitud y derrochar la vida en luchas intestinas, perdiendo su libertad, dejando de amar.

Cuando caemos en la cuenta de que la vida se escapa, de que nuestro paso por el mundo es tan pasajero, sólo cuando lo perdemos todo, anhelamos lo que tuvimos y nos arrepentimos de lo que no supimos vivir.

Vivimos momentos maravillosos pero no supimos prolongarlos, apenas si nos percatamos de ellos. Ahora sólo queda el recuerdo y uno sabe que son como agua que no mueve molino.

Me aferro a sus fotos, a sus cartas, como el naufrago que se agarra a la única tabla de salvación, pero ya todo es inútil. La muerte no tiene asideros. Es tajante y definitiva y no deja más que ausencia.

He vuelto a la cala escondida donde nos amamos. Ya no es posible volver sobre mis pasos. Las huellas que vamos dejando en el camino, con el

tiempo se pierden. Ahora me cuesta recordarla, su rostro se desdibuja en mi mente y se hace bruma en el mar. Inasible, como el aire, como agua que corre entre los dedos.

He arrojado su pasador del pelo al mar. Ya nunca más recogerá su, antaño, larga cabellera. He vuelto a escribir su nombre en la arena para que de nuevo fuese engullido por las fauces del mar y he sentido que su imagen se desvanecía entre las olas y el rumor del agua.

Habitación 215

Sé que miente. Miente como un bellaco. Lo veo en sus ojos negros que solo saben decir verdades. Lo descubro en su mirada revestida de dureza para ocultar la inocencia. Lo noto en su cuerpo de junco. A lo sumo tendrá veinte, ni uno más. Podría ser su madre, pero no me importa. En este punto de mi vida solo tengo hambre de amor y deseo. Por eso estoy aquí, en esta habitación, con este hombre niño, del que desconozco hasta su nombre.

Llámame Malcom, me dijo, como Malcom X, el líder negro. Quiere ser ese hombre rebelde y combativo que no se arredra ante nada. El tipo duro que lucha con desnudo por una causa noble.

Sin duda para alguien que le gusta atacar de frente y ponerse el mundo por montera, Malcom es un nombre perfecto. Me asusta su arrojo, su determinación. Veo el peligro en cada instante, en cada uno de sus gestos.

Lo tengo frente a mi, casi desnudo. Me mira con deseo. Tiene un cuerpo perfecto y bien musculado y una boca viril, dulce como la miel. Permanezco vestida, inmóvil, sin pensar en nada, mientras él se va acercando y cuando lo siento junto a mi, cierro los ojos para olvidarlo todo, para ser la mujer de la habitación 215, nada más. Esa mujer que le desea tanto que se ha saltado a la torera la fidelidad y el matrimonio y ha convertido su cuerpo en la tabla de salvación que le libra de la desesperación y la nada.

Me abraza con fuerza y estrecha su rostro contra el mío. Después, lentamente, me desabrocha la blusa y me baja la cremallera de la falda. Me acaricia, me besa. Siento la fortaleza de sus manos grandes sobre mi piel. Sabe que me gusta sentirme deseada, notar como me desnuda, cómo me devora con sus tiernos labios. Sabe que vuelvo a vivir, a sentirme amada, a ser alguien. Descubre como otros días la metamorfosis que obra en mí el deseo de su cuerpo.

Explora con devoción mi geografía femenina. Reclama con avidez mis labios. Muerde pausadamente mi cuello, mis hombros. En cada gesto hay una absoluta entrega, como si sólo viviese para amarme, como si fuese la última vez. Tiene miedo de perderme. Miedo de que me marche, de que todo vuelva a ser infinitamente vulgar. No quiere llegar al final porque dejaré de ser quien soy y me convertiré en una sombra, porque todo volverá a ser igual que siempre hasta mañana.

Le asusta verme cerrar la puerta y despedirme. Teme que no vuelva. Intuye que cuando baje la escalera pensaré en mi marido, en mis hijos, sólo algunos años más jóvenes que él, en que casi podría ser su madre, en un piso perdido en el extrarradio de Madrid que suavemente me anula y aplasta.

Aunque no puede saberlo, tal vez mentalmente me ha visto decirme a mí misma por los pasillos del hotel que no volveré a la habitación 215, que será el último día. Pero del mismo modo presiente que, al día siguiente, a la misma hora, estaré allí y que de nuevo me dejaré besar y acariciar, que yo también le besaré y abrazaré y que cuando esté dentro de mí, me aferraré como un gato a su espalda y gritaré y me sentiré realmente viva, más viva que nunca.

Me quita las medias y me tumba en la cama. Está totalmente excitado. Ambos nos entregamos al placer con una pasión sin límites, hasta que unidos por el éxtasis quedamos agotados. El está derrumbado sobre mí, muerto de amor, pero no tarda en recuperarse y, agradecido, recorre mi cuerpo con sus labios. Me besa los pies y los muslos, se regodea en el ombligo, sube hasta mis pechos y acaba en mi boca.

Cuando pega su torso a mi espalda y descansa pienso en esta habitación, este cuarto secreto, alejado de mi mundo y del suyo, en el que nos convertimos exclusivamente en amantes. Este terreno común y neutral sin nada suyo ni mío. Sin un solo vestigio que recuerde nuestra otra vida. Esa otra vida de la que no hablamos con el fin de olvidarla.

Cada día llegamos a la habitación 215 con el único propósito de amarnos. Todo lo demás no existe. Esta es nuestra isla.

Si las paredes hablasen tal vez podrían contarnos mucho de las personas que han pasado por esta habitación. Me gustaría oír sus voces, y el murmullo de sus palabras, ver como se amaron y sintieron en este cuarto. Saber cual fue

el impulso que les condujo hasta aquí. Descubrir por qué muchos ya no volvieron. Pero me quedaré sin saberlo. El silencio es la respuesta de ese ayer secreto. Todo se ha borrado. Nada parece haber existido.

Observo con detalle la habitación y los muebles que la habitan. Tiene una amplitud discreta, el suelo es de parquet y del cielo raso pende una lámpara vetusta de cristal tallado. Por todo mobiliario hay un escritorio de persiana, una silla, dos butacas orejadas y dos mesitas de noche haciendo juego con la cama sobre la que descansamos. Una cama antigua con torneados de madera. Lo mejor de todo es el ventanal. Es grande y da a un patio cordobés lleno de geranios y rosales. El sol se filtra a través de las cortinas blancas. Sólo ahora lo percibo: hace un día espléndido. No sé como no he podido darme cuenta antes. Tal vez porque fuera de esta habitación todos los días me parecen grises y lluviosos, como si el mal tiempo fuese producto de mi estado de ánimo fuera de esta habitación.

Escucho el canto del canario, el gorjeo de los pájaros advenedizos que acuden a refugiarse a la sombra de la hiedra y siento emerger de las tinieblas a un mundo lleno de luz y de alegría. No se oye un coche, ni una voz. Hay un silencio absoluto, solo perturbado por el ruido intermitente de las cañerías. Estoy tranquila, plenamente relajada mirando la luz de la ventana, pero de pronto me sobresalta el ruido de un reloj de pared que da la hora. ¡Son las doce y todavía tengo que llegar a Madrid!

En el autobús pienso en mi marido, en mis hijos, en que tal vez nunca tendré el valor de decirles que hay otro hombre en mi vida. Me he instalado en el secreto, en la cobardía y la comodidad como quien transporta un virus. Convivo con la mentira y con el paso de los días he forjado una coraza de falsedad que me protege.

Cuando llego a casa apenas tengo una hora para preparar la comida y limpiar, pero gracias a Malcom me siento con nuevos bríos para hacerlo. En el fregadero los platos sucios llegan hasta el grifo.

La cocina está hecha un asco. La cama esta deshecha y un manto de polvo lo cubre todo.

Deambulo por la casa y de nuevo vuelvo a sentirme vencida por la miseria cotidiana. No solo por el desorden y la suciedad, sino por la simetría de los

muebles, por el orden rutinario, por esa misma disposición de los objetos, por ese panorama inmutable donde cada porción de materia ocupa su justo lugar. Por ese escenario millones de veces repetido, fotocopia exacta de un remoto original. Porque todo es lo mismo que ayer, eternamente igual, pero yo no soy la misma.

No quiero ser la esclava que limpia, plancha, lava los platos y sonrío abnegada al haber cumplido su papel de ama de casa.

Mucho antes de lo que deseo, escucho la llave en la cerradura de la puerta. Si, son ellos. Les oigo cuchichear en el pasillo, como si urdieran un plan secreto. Al final entran en la cocina y los tres al unísono, cada uno con un regalo, me cantan cumpleaños feliz.

Ni siquiera sé en qué día me encuentro. Miro con sorpresa el calendario. Efectivamente, hoy es mi cumpleaños. Les miro y sonrío ante mi propio despiste. Es todo tan ridículo. Día tras día haciendo de mamá fregona, sin la más mínima colaboración, sin amor, sin siquiera posibilidad de ponerme enferma para que no estalle el caos y ahora los regalos, las felicitaciones, los parabienes. Como si así pagasen su injusticia. ¡Valiente estupidez!. ¿Hay alguna canción más necia que la de cumpleaños feliz?.

Miro la cara de felicidad de mi marido y calladamente pienso en las noches que me ha dado la espalda, en las veces que he llorado en silencio su proximidad y su abandono. Su piel casi tocando la mía, pero perdido en la distancia. Esa distancia físicamente inexistente que con los años se ha hecho infinita, insalvable. Ese mísero milímetro que nos convierte en extraños. Y como siempre la tristeza inundándolo todo, anegando el corazón herido. La tragedia de saberme acompañada, pero profundamente sola. Miro a mi marido y veo la caricatura de mis sueños. Lo fue todo, pero ya no es nada. Pausadamente el desamor ha erosionado nuestra vida hasta derrumbar sus ilusiones y las mías.

¡Pobre cornudo!, si supiera que con su dinero pago la habitación para acostarme con otro hombre no sonreiría tanto.

Contemplo a mis hijos. Si, les quiero, por supuesto, pero son dos pequeños monstruos a los que hay que darles todo hecho, cerditos siempre dispuestos a ensuciar, sólo con tiempo de pensar en si mismos.

¡Regalos!, ¡qué fantasmada!. Si supierais que hace tan solo unas horas he estado haciendo el amor con un jovenzuelo, no cantaríais semejante monserga. Si por un momento creyerais que no soy la esclava estúpida y fiel que os atiende me insultaríais.

Después de la “fiesta”, cada uno se marcha por su lado y me vuelvo a quedar sola. En la radio suena una canción: «Dame veneno que quiero morir. Prefiero la muerte que vivir contigo». La escucho y quiero tomarme ese veneno rápido que me aparte de mis frustraciones para siempre. Pero me falta valor. Bebo el veneno lento del desamor, de mi propia ruina y siento la ausencia de Malcom.

Suerte que todo pasa, incluidos los cumpleaños. Por fin llega un día nuevo y me apresuro a llegar a mi cita diaria.

El metro está lleno de pedigüeños y mentirosos. Unos tocan una canción rasgueando una guitarra, otros relatan la historia de la cartera perdida y otros simplemente piden.

También yo soy una mentirosa. También yo mendigo un poco de amor en una habitación tranquila, al otro lado de Madrid. Un amor secreto y por horas. Ese amor robado a la mediocridad y a la nada y vivido miserablemente a golpe de minuterero.

¿Me estará esperando Malcom?. Quizás él ya haya llegado. Yo siempre llego tarde a todo, hasta al amor, que es lo único que da sentido a la vida.

Malcom estará desesperado. A veces incluso llega antes de la hora.

Probablemente no tiene nada que hacer y se dedica a amar, solo a amar. Es un profesional del amor. Vive para amar. Su trabajo consiste en dar placer, nada más. Como yo se nutre del deseo y del olvido, porque a veces para amar hay que olvidar, enterrar el pasado, expulsarlo de si mismo, renacer de nuevo.

Me reconforta saber que Malcom me está esperando. Hace muchos años que nadie me espera a no ser para darme un disgusto. Me halaga saber que al otro lado de la ciudad, más allá del caos circulatorio, de la contaminación y el ruido, apartado de la muchedumbre indiferente que se apelmaza en las aceras y pasos de peatones, hay alguien que confía en mi, que me cree y me quiere.

Malcom me ha dicho que soy la mujer más importante de su vida. Él es un hombre nuevo para mí y yo me siento crecer a su lado.

Sobre nosotros todavía no ha caído la erosión de los años de convivencia. No compartimos más que el placer. Él no sabe que soy una histérica, ni que cocino fatal, ni que me altera la repetición y la monotonía del hogar. Sólo conoce lo mejor de mí. Ambos nos damos sexo y amor, sólo eso. Mejor así. Malcom no está cuando llego. En su lugar hay otro muchacho de su edad que ha venido para decirme que no vendrá, que le han cogido al atracar una joyería. Probablemente le caerá más de un año porque es reincidente.

Oigo en silencio sus explicaciones y siento que el mundo se me viene encima. De repente voy a dejar de ser alguien. De un plumazo pierdo la sabia que me alimenta y quedo en el más completo desamparo.

El chico se marcha y yo permanezco inmóvil en la habitación.

Estoy sentada en la cama sobre la que tantas veces hemos hecho el amor y por primera vez siento que las paredes me aplastan.

La soledad me sitia en su abandono. Sólo ahora descubro que la habitación 215 es de una vulgaridad espantosa, que es triste y tiene polvo, que el escritorio tiene carcoma y huele a moho, que el armario es cochambroso. Sólo en este momento me pregunto cómo hemos podido tener el mal gusto de amarnos en este cuartucho: un dormitorio pequeño y con poca luz, mal amueblado y con ruidosas cañerías. Siento que la zafiedad me aniquila.

No, no volveré a ver Malcom. Tampoco vendré a esta habitación. Dentro de un momento saldré por esa puerta y no volveré más. Saldré y nadie me verá. Seré una sombra y la habitación 215 quedará muda y solitaria, esperando la visita de alguien que de sentido a su existencia.

Flores de la memoria

Las flores sobre la mesa camilla, como una caótica ofrenda, un ir y venir de manos campesinas y la luz de la bombilla iluminando los rostros esculpidos por el trabajo. La prima María, varonil y con el embozo renegro, la prima Aurora, guapa y soñadora, el tío Tomás, con la calva pálida por el cerco que le dejaba la boina de cejas para arriba, y la tía Remedios, de negro, con la medalla de la Virgen de los Desamparados sesteando sobre los pechos generosos.

La imagen se muestra ante mis ojos con la foto encontrada en un libro y, de repente, la mente revive ese ayer dormido y va desgranando los viejos recuerdos en torno a la mesa camilla.

La estancia es humilde: las sillas de enea, el retrato de bodas de los progenitores, las fotos de la primera comunión de las hijas con el rosario y el librito blanco entre las manos, el almanaque zaragozano, el armario con el vidriado que nunca se usó y la gran chimenea donde crepita el fuego, único calor de la casa y eje en torno al que gira la vida y la familia.

El tío Tomás no tiene apenas vendimia, por eso, como alternativa, cuenta con cuatro almudes y tres celemines de azafranal. El azafranal es «la vendimia de los pobres» y la familia se afana en él al despuntar el alba cogiendo la rosa.

Por la tarde, se van abocando los cestos sobre la mesa y empieza la monda.

Cada uno su plato, a ver a quien le cunde más. Las manos presurosas, prisioneras de la tarea, menudeando con frenesí sobre las flores en un ir y venir interminable. Los hilos rojos, las onzas, las libras, las cuentas, las ilusiones, las conversaciones...

- Dicen que doña Conce viene mañana de Alicante.
- Menudas vacaciones, desde junio que se fue...
- Los señoritos ya se sabe, no dan palo al agua. Lo que no sé es como no se aburren estando to el día a la bartola.

- Unos tanto y otros tan poco. Vuestro padre y yo, desde el viaje de novios casa de mi prima Lucía que vivía en Valencia, todo lo más hemos ido a la era o al azafranal. Se dicen pronto los viajes.

Las primas todavía han viajado menos. Ni la prima María que anda por los 22 años ni la prima Aurora que va a cumplir 20 han salido del pueblo y no han visto el mar más que en fotografía. Por eso el viaje de novios de los padres se convierte en el referente obligado para comenzar a soñar.

«Cómo es el mar madre» -pregunta Aurora-

- Ay, hija mía, si ya no me acuerdo. Después de 23 años una tiene telarañas en la memoria. Era grande, muy grande, la cantidad de agua más exagera que he visto junta en mi vida.

- Y las olas...

- Las olas, pues qué quieres que te diga, van y vienen casi sin parar. Unos meneos que allí no hay quien pare.

- Pero son bonicas ¿no?.

- Si, a distancia son bonicas, porque si son grandes y te acercas son capaces de arrastrarte para adentro y luego te dejan hecha un trapo encima de la arena.

María escucha atenta a su madre. También a ella le gustaría ver el mar. Ese otro mar poético y lúdico, de bañistas alegres y descanso con el que sueña.

- A Pablito también le gustaría el mar, el pobre tampoco lo ha visto.

Pablito, es el más joven de los hijos, el único varón de la familia. El pobre tiene un soplo en el corazón y los médicos no le han dado esperanzas si no se opera. La tía Remedios dice que como nació en guerra se le metió el miedo en el cuerpo y ya no hay quien le haga levantar cabeza.

La familia entera tiene el alma en vilo con Pablito. Si corre, tiene miedo de que tropiece. Si calla, piensa que le pasa algo. Si juega le dicen que juegue con cuidado.

Los mejores bocados son para Pablito. Al pequeño de la casa no hay que disgustarlo ni llevarle la contraria. Un soponcio, un pequeño contratiempo podrían enviarle al otro mundo. Pablito es la frágil bola de cristal que todos miman.

Recuerdo a Pablito, lo estoy viendo, igual que si todo sucediera ahora.

Pablito y la pistola que encontró debajo de un puente y que, sin decir nada, hizo su compañera.

No tenía balas y había aprendido a extraer el cargador y, en secreto, en sus juegos infantiles mataba a todos los malos de las películas que había visto en el cine. Jugaba a ser el Coyote y rescataba de sus captores imaginarios a las más distinguidas y hermosas señoritas. Y apuntaba aquí y allá, ufano de ser el pistolero bueno con el que nadie podía.

Pablito la guardaba en un rincón del armario de su cuarto, liada en un trapo y dentro de una caja de zapatos. Para que nadie le viese echaba el cerrojo de su cuarto y jugaba a ser un héroe.

Y en silencio disparaba, sin siquiera apretar el gatillo. Pero un día, errante, harto de disparos fantásticos a diestro y siniestro, se apuntó a sí mismo. Y luego encañonó muy seriamente a la puerta y apretó de veras el gatillo. El disparo, para su sorpresa, atravesó con toda contundencia y sonoridad la fina madera y la bala dio de refilón en el plato que empleaba tía Remedios para mondar la rosa y, por último se incrustó en la pared del comedor.

Fue un susto tremendo. A la tía Remedios le dio un sofoco del que no volvía en sí. Y Pablito se quedó paralizado y tan pálido como un muerto después de aquel tiro. Por fortuna su corazón siguió palpitando y la bala de la recámara quedó como recuerdo de una hazaña bélica tan poco heroica como memorable.

Pablito estaba tan asustado que todos reprimieron las ganas de abofetearle y se preocuparon por su salud.

Al final el tío Tomás, después de tragarse una buena reprimenda para sus adentros dijo: «lo bueno es que el azafrán tenga este año buen precio a ver si con eso podemos operar a Pablito».

Como otras veces los días siguientes todo fue echar cuentas para aquel jodido demonio.

- Dicen que este año el azafrán está a diez mil duros la libra y yo creo que si abre bien la rosa podemos coger cuatro o cinco libras.

El tío Tomás habla y luego calla, haciendo cábalas, rezoteando para sus adentros que no se tuerza la cosecha.

La tía Remedios contesta lo de siempre: «a ver si Dios quisiera».

Alguien ha hablado de males y el hombre de la casa, el tío Tomás, con el pelo escaso y relamido para atrás y el rostro cetrino de muchos soles, retoma el hilo de la conversación con las secuelas de la reciente contienda civil.

- «Para mal el que le hicieron a Prudencio en guerra, que le cortaron las «alforjas» a lo vivo. Sólo de pensarlo se me encoge lo más mío.

Ahora ahí lo tienes: un hombre como un templo pero sin hombría.

Yo, para quitarle hierro le dije un día, te quedan las manos para palpar, la boca para besar y, más que otra cosa, el sentimiento. Me lo dijo mi padre un día: «al remate, cuando todo se arruga, uno se queda sólo con lo que siente».

¿Y sabéis lo que me contestó?: «lo que siento es pena y la pena no me deja sentir». Y dicho esto se fue remoloneando y con la cabeza gacha calle abajo, como si sus pasos no tuvieran camino.

Tía Remedios, enarca las cejas para hacer una confidencia, y comienza a hablar más bajo, como si se tratase de un secreto reservado a la familia.

- Dicen que la pobre Carmen no hace más que soñar por las noches, acordándose de cuando fatigaban el somier.

Se conoce que Prudencio toma unas pastillas para coger el sueño y no tener presente que ya no es el de antes. ¡Qué cruz más grande para esos cristianos!: viejos en la flor de la vida.

- Y peor es la cruz de otros que hace años crían malvas en el camposanto. Mira los hijos de Lucero, de cuatro que eran, dos liaron el ható en la batalla de Brunete.

Cuando la madre lo supo empezó a mesarse el pelo y hasta intentó tirarse al pozo. Allí hubiera rematao de no sujetarla la familia. Ahora les lleva luto y, aunque era de natural habladora, se ha vuelto callada por la pena que la reconcome por dentro.

El tío Tomás habla deprisa, atropellando las palabras y el crepitar del fuego responde por las ausencias, por los que se fueron, por los que ya no están más que en la memoria borrosa del ayer y en el color sepia de las viejas fotografías.

Por un momento la familia calla y se hace un silencio de camposanto. La vida apenas dura un instante. Una bala desde una trinchera, un golpe absurdo

y uno se convierte en alimento de la tierra. Y cada cual busca sentido al sinsentido para seguir adelante.

Las hebras de azafrán caen con sigilo sobre los platos, las manos se precipitan sobre las flores y con una destreza antigua tiran de los estambres.

Los que se fueron. Los que beben en el vaso amargo de la pena, los que jamás serán los mismos, la vida deshecha y los rojos filamentos que callan con todas las desdichas, como los pedazos de hilo de una madeja rota por el destino.

- Lo de la Engracia del guarda tampoco tiene desperdicio. Cuando su marido se fue al frente estaba en cinta del tercero de sus hijos. Al volver eran cuatro pingos a la mesa. Ahora cuando le preguntan cuantos son de familia, él, ni corto ni perezoso, responde que tres y un «agregao».

- Y lo que son las cosas, el agregao, que se llama Paquito, bien me acuerdo, nació en una de esas noches en las que se llevaron la luz por esas cosas de la guerra. Acudí a su casa para ver cómo se encontraba y, justo en ese momento cortaron la corriente y la Engracia se puso de parto. La pobre criatura nació a oscuras, como si le avergonzase no tener padre conocido o no quisiera ver los desastres de la guerra.

- La Engracia siempre ha sido muy tirá pa lante.

- Ella dice que la preñó a la fuerza un cabo de artillería.

- Si, a fuerza de remangarse.

- Lo dejaremos por lo que sea.

- El caso es que el hombre no le hace distingos al que no es suyo y lo trata como a uno más. Eso si, de las mientes no se le va que el padre es otro y, aunque no lo dice, sabe que en la calle cuchichean que es un cornudo.

La vieja foto, cincuenta años después en mis manos, es la reliquia de un pasado con todas sus cicatrices y aunque habla por si misma no es capaz de relatar lo que sucedió.

Ni lo que pasó con la cosecha de azafrán, ni si operaron o no a Pablito, ni cómo las primas vieron un día el mar sin salir de su asombro. Sin embargo, apoyado en ese preciso instante uno tira de la madeja de la memoria y recuerda. Recuerda que el azafrán se lo llevó un tratante que jamás lo pagó y la

familia, después de tanto esfuerzo, con tantas ilusiones puestas en aquellos hilos rojos, tuvo que pedir prestado para seguir adelante.

A Pablito no pudo operarle ningún prestigioso especialista, ni siquiera uno de segunda fila, pero el destino arrimó el hombro en aquella desgracia y aquel soplo por el que toda la familia tenía el alma en vilo desapareció por las buenas sin más tratamiento que el amor de los suyos.

A Pablito el corazón se le encalleció y, contra toda costumbre, al estar sano desaparecieron las privilegiadas atenciones de que gozó desde la cuna. Fue tratado como uno más y, no sin sufrimiento, acabó por hacerse a una vida dura y sin mimos.

Las primas por fin vieron el mar y durante muchas noches soñaron con él, con embarcarse mar adentro para ver donde acababan sus interminables confines o con ver los tesoros marinos que albergaban sus profundidades.

Hoy donde estaba la casa del tío Tomás se levanta un banco con cristales ahumados y cajero automático, uno lo contempla y observa el río de personas que penetra por sus puertas. Gentes que van a por dinero, ancianos que cobran la pensión, hombres y mujeres que charlan mientras esperan su turno. Y uno se impregna de la nostalgia que dejan la distancia de los años y revive la memoria de aquellos días.

La matanza del cerdo, el carro y la mula, las cenas bajo la parra, la higuera donde los niños nos disputábamos las brevas, el patio relimpio y de blanco jalbegue, las enredaderas, los geranios, las fragantes rosas, el canto de los pájaros en la mañana serena, los canastos de mantecados recién salidos del horno, las aceitunas aliñadas que preparaba tía Remedios, el olor a pan caliente, el aroma del azafrán tostado, el salir a la fresca de las casas y hablar largo y tendido sobre las sillas de enea... ¿Queda algo de todo aquello?

El azafrán, las onzas, las tertulias, las ilusiones, el ayer de esforzados azafraneros, las flores de mi tierra en las que cada tarde se cimentaba la esperanza hoy son jirones de otro mundo. Flores de la memoria, esas flores capaces de perdurar en el tiempo, quizás para tratar de preservar una belleza única e irreplicable. Flores marchitas sólo revividas en el corazón.

Sin saber cómo, en días como hoy, uno les abre la puerta y descubre que, aun después de tanto tiempo, su alma está prendida en ellas. En cada recuer-

do, en cada hecho, detrás de cada situación, adherida a cada conversación, solapada bajo los personajes que la memoria selectiva se atrevió a inmunizar del olvido.

El tercer jugador

Ella y el gato. Nadie más. Cuando Mario se iba en la casa sólo quedaban Lucía y el gato y lo demás eran las huellas de su ausencia: su ropa, sus libros, sus zapatos, los álbumes de fotos, los croquis sobre los que planeaban sus pequeñas escapadas nocturnas...

Quizás eso era lo más emocionante porque significaba jugar a amarse. Salir de casa, llegar a un lugar determinado de antemano, buscarse entre las sombras de la noche, y cuando uno atrapase al otro, amarse, entregar la piel como una ofrenda a los sentidos y aferrarse cuerpo a cuerpo a la dulce pelea del placer.

Planos, anotaciones, mapas infantiles de lugares en los que se amaron como dos adolescentes y en los que el cuerpo, hambriento de amor, se hizo fuego entre los brazos.

Nostalgia y recuerdos en noches de pasión y reencuentro, que sólo anhelaba revivir de nuevo.

El reloj dio las nueve y media. Era la hora de abrir la peluquería y Lucía se marchó. A las diez menos cuarto tenía su primera clienta, Paquita la gorda que, como siempre, quería alisarse el pelo y hacerse unas mechas.

Era curioso, casi todas sus clientas querían cambiarse el pelo que tenían. Si era lacio lo querían cardado. Si era ondulado lo querían lacio. Las rubias pedían ser morenas, castañas o pelirrojas. Las que llevaban el pelo largo lo querían corto.

Después de seis años regentando la peluquería había llegado a la conclusión de que el inconformismo es el signo de nuestros días.

Lucía en cambio si se conformaba. Se conformaba con que Mario llegase cada viernes, con que la quisiese como hasta entonces. Todo lo demás era secundario. Por eso soportaba su ausencia entre el olor de las lacas,

el amoníaco de los tintes y el sonido metálico de las tijeras. Por eso sonreía a las charlas triviales y a los chismes de alcoba con el ruido del secador de fondo. Por eso aguantaba a las clientas pelmazo y la banalidad de sus comentarios sobre los famosos de la tele. Sus bodas, sus separaciones, sus fiestas, sus mansiones de lujo, sus vacaciones de ensueño y todas las intimidades que, para su deleite y envidia, hacían públicas las revistas del corazón.

Por Mario y por sus juegos nocturnos se resignaba a vivir de lunes a viernes con la triste compañía de un gato.

Mario era el oxígeno que le hacía vivir, la luz que alumbraba su existencia y con él la vida más anodina se hacía más ligera, más soportable.

La cama, demasiado grande, fría y vacía de lunes a viernes, era sólo un lugar de espera que no recobraba sus verdaderas cualidades hasta que él no regresaba. Cuando Mario y Lucía se acostaban en ella, la cama se hacía chica y caliente.

El baño, callado y acuático, que día a día acogía la solitaria desnudez de su cuerpo, cuando estaban juntos era una fiesta de risas y gritos, de juegos y besos.

Cuando Mario volvía la casa el mundo entero eran otro y Lucía descubría que hasta entonces, o todo había sido mentira o carecía de importancia porque la vida cobraba una nueva dimensión.

La señora Paquita ya casi estaba lista. Lucía miró su agenda. Ahora le tocaba el turno a Héctor González, «el mirón», como ella le llamaba. Uno de los escasos clientes que preferían cortarse el pelo en su peluquería antes que en cualquiera de las barberías del pueblo. Un hombre de unos cuarenta años, taciturno, que escrutaba todos sus movimientos y, allá donde fuera, la seguía con la mirada.

Alguien le había dicho que era un viajante forastero, representante de maquinaria industrial o algo así, pero él nunca hablaba. Desde que entraba hasta que salía de la peluquería hacía gala de un hermetismo absoluto. Sólo la miraba.

Minutos antes de la cita acudía y comenzaba a retratarla de arriba a abajo, y Lucía empezaba a sentirse nerviosa, como si la desnudara con los ojos.

A menudo el forastero iba a la peluquería sin motivo. Le pedía que le lavase el pelo, a pesar de llevarlo limpio, o quería cortarse las puntas de un cabello pulcramente cuidado.

Lucía masajeara su pelo, y solamente entonces el extraño cerraba los ojos, como si sintiera placer, y ella comenzaba a sentirse incómoda.

En una ocasión le irritó tanto que llegó a decirle que aquello era una peluquería, no una sala de masajes. Héctor no se inmutó y sólo dijo: «no se preocupe. Este es un placer inofensivo». Ella acabó de lavarle el pelo de mala gana y le trató con brusquedad para que no volviera y sólo cuando se marchó se quedó tranquila.

Pero él volvió muchas veces más, casi siempre por la mañana, cuando menos clientela había, quizás para estar a solas con ella. Y fiel a su costumbre, volvía a mirarla sin apartar nunca los ojos, y Lucía, volvía a sentirse nerviosa y desnuda frente a él, pequeña, desvalida, como un cordero frente a un lobo.

De vez en cuando le decía que no podía atenderle, que tenía todo el día cubierto, pero él mirón insistía en que le diese cita para el día siguiente, para otra semana si hacía falta, y Lucía, muy nerviosa, ya no sabía qué excusa ponerle, y él cogía su agenda y comprobaba que había muchas horas libres y también días totalmente en blanco. «No me engañe, señorita. Eso está muy feo» le decía con sorna.

Ella, tímida y vulnerable, se sonrojaba y no tenía valor para decirle que no quería atenderlo, que no volviera nunca más, que era un puerco al que detestaba, que estaba casada y quería mucho a su marido. Y al final él mismo se anotaba su propia cita en la agenda.

A veces al salir de la peluquería Lucía se sentía vigilada, como si los ojos del viajante la acecharan detrás de una esquina, o la esperase parapetado en la impunidad de los cristales ahumados de un coche.

Miraba para atrás como si presintiera que alguien muy cauto seguía sus pasos sin ser visto. Tenía miedo de que cualquier noche, después de cerrar la peluquería, aquel desconocido estuviera espiándola y pudiera asaltarla. Temía que él supiera que vivía sola en una casa en las afueras y sin apenas vecinos. Por eso nada más llegar echaba las persianas y se aseguraba de que los cerrojos estuviesen como debían. Y también por la misma razón siempre

llevaba aquel spray defensivo a mano y estaba preparada para correr.

Bastaría apretar un dedo y enfocar hacia los ojos y aquella mirada de berraco lascivo quedaría anulada al instante, mientras ella escapaba de sus garras.

Mario estaba demasiado lejos, y aunque quisiera no podría defenderla. Trabajaba como veterinario a 300 kilómetros del pueblo donde ambos vivían. Una distancia más que sobrada para que cualquier energúmeno sin escrúpulos pudiese escapar impunemente.

Se llamaban por teléfono casi todos los días y nunca les faltaba «un te quiero» en sus conversaciones. El resto de las horas cada uno quedaba sitiado en la distancia, añorando sus labios, su cuerpo, el dulce placer de estar juntos, de amarse, de hablar durante horas, sin horarios.

Durante cinco días sólo esperaban el reencuentro, esa noche del viernes en que Mario llegaba y Lucía, impaciente, nada más oír el coche, le abría la puerta sedienta de amor.

Con sólo una bata sobre su cuerpo desnudo, fuera cual fuera la hora, Lucía le esperaba para abrazarle, para besar cada centímetro de su cuerpo y sentirlo suyo y sin distancia.

Y cuando Mario salía al encuentro de Lucía, pisaba a fondo el acelerador porque no aguantaba esperar más. La quería como a nadie. Deseaba abrazarla, besarla, sentir su cuerpo cálido y hambriento. Ese cuerpo tantas veces anhelado en la tristeza de las noches solitarias. La suavidad de su piel canela, sus manos alborotándole el cabello, el tacto de sus largos dedos recorriendo los más dulces caminos de la piel, la tibieza de sus susurros, el fuego del deseo tratando de recuperar el tiempo perdido, los interminables días de ausencia y melancolía, la lenta agonía de las horas, muertas sin ella.

Mario acaba la jornada y ya tiene el equipaje a punto para el fin de semana. El coche tiene el depósito lleno desde el jueves. Todo está calculado con antelación para ver a Lucía.

El automóvil avanza raudo en la noche. Sólo faltan unas horas para volver a estar juntos. Los pueblos dormidos van quedando atrás, como luciérnagas en la oscuridad y Mario sólo piensa en ella. Mañana sábado irán a la vieja central eléctrica y se buscarán sólo para amarse.

Lucía se ha duchado y se peina para él delante del espejo. Le espera ansiosa. Lleva cinco largos días esperándolo y ahora, cada minuto que pasa, el deseo se hace más fuerte.

La distancia se acorta y ella lo siente más cerca. Es viernes noche, Mario está en camino y el mundo es hermoso y carece de defectos. El hombre que Lucía quiere camina a su encuentro, sólo para amarla, y ella mira el reloj y, con impaciencia, cuenta los minutos que faltan.

Tal vez una hora, quizá menos, y volverán a estar juntos y harán el amor hasta la madrugada. Y mañana por la noche, en la central abandonada, ambos se buscarán con deseo y se amarán de nuevo para recuperar el tiempo perdido.

Mario conduce y piensa en Lucía. Ella es la droga que le hace sentirse bien, el paraíso de sus sentidos.

Mientras el coche se abre paso en la carretera piensa en el traslado que no llega, en cuánto tiempo pasará hasta que puedan estar juntos todos los días. Pero si lo estuvieran ¿se querrían tanto?. La pregunta planea en el aire sin encontrar la respuesta.

Por amigos y conocidos sabía que la diaria convivencia acaba por minar las relaciones, y los días de vino y rosas acaban por convertirse en odio y rutina. Si era eso lo que les esperaba, mejor que el traslado nunca llegara, que, como entonces, semana tras semana, sintieran el deseo de amarse y estar juntos.

La ausencia alimentaba el deseo, lo hacía más fuerte y, en cada reencuentro, estallaba como el volcán que, después de mucho tiempo entra en erupción, sin poder retener el fuego que alberga en su interior.

Llevaban casados tres años pero nunca fueron una pareja convencional. Todos los fines de semana los dedicaban a jugar, como dos adolescentes en busca de diversión. No era un juego de mesa para matar el tiempo en el hogar o en casa de los amigos. Se trataba de jugar al escondite y había que pillar desprevenido al «contrario» y como premio hacer el amor con él.

El escenario que elegían era siempre un lugar apartado, lejos de miradas extrañas, y cada semana correspondía un entorno diferente. Un lugar desierto donde el miedo a lo desconocido se mezclaba con la pasión.

Pero aquel sábado la búsqueda no salió como esperaban. Cada uno por su lado, al llegar la medianoche, fueron a la vieja central eléctrica, un edificio

abandonado junto al río con docenas de recovecos donde agazaparse sin ser visto.

Mario se escondió detrás de las turbinas. Lucía caminaba con el sigilo de una gata por lo que parecía una destartada oficina. Había un silencio de muerte, sólo perturbado por el rumor del río. La noche sin luna, era oscura como la boca de un lobo.

Él fue hasta un viejo cobertizo de herramientas. Ella bajó unas escaleras hasta la sala de máquinas y oyó un ruido metálico. Mario estaba cerca y debía andar con precaución para capturarlo. Los dos sábados anteriores había sido apresada. Esta vez tenía que conseguir ser ella la captora, la que lo hiciera su amante y esclavo.

Camuflada detrás de un motor, Lucía esperó a que él hiciera el primer movimiento y tal como esperaba volvió a escuchar un nuevo ruido. Esta vez había sido un sonido hueco, como el de un palo al caer. Había sonado con una nitidez absoluta, muy cerca. Mario se estaba aproximando, tal vez ya la hubiera localizado.

Lucía no hizo ningún movimiento, quizás eso la delataría definitivamente. El corazón le bombeaba presa de una gran agitación. El temor se mezclaba con el deseo. Intuía que el momento estaba a punto de llegar. Presentía su presencia muy cerca, casi como si estuviese palpando el aire para atraparla.

Lucía no movía un músculo, agachada y con los ojos escrutando la oscuridad, casi adherida al motor de la sala de máquinas. Nerviosa, excitada por ese peligro inminente que se cernía a su alrededor.

Si, estaba ahí. No podía verlo, pero lo sabía y el tum-tum de su corazón aumentaba a un ritmo frenético.

De pronto, detrás de ella, sintió sus grandes manos de varón tocando su cabello, tomando su rostro hasta ponerla en pie. ¡Otra vez lo había conseguido!. Llevaba dos semanas seguidas atrapándola, sin darle oportunidad de escuchar sus pasos.

Ahora besaba su pelo, su cuello, tocaba sus pechos... y una vez más, se sentía a su merced, fuera de sí.

La espera había concluido. El ganador quería su premio. Lucía presentía que algo no iba bien, pero se entregó con urgencia al dulce placer de la derrota.

No más esperas, no más demoras, no más escondites. El momento había llegado.

Notó sus manos desabrochándole el cinturón, bajando la cremallera y el pantalón, rompiéndole las braguitas. Luego todo fue cumbre, pasión.

Cuando acabaron, Lucía tomó sus manos entre las suyas y notó una sensación hasta entonces desconocida. No llevaba el anillo. Hasta entonces siempre había presumido de no habérselo quitado desde el día de la boda. No entendía por qué ahora...

De repente se escuchó un ruido procedente de las turbinas. Había alguien más. Con rapidez se apresuró a buscar sus pantalones. Él, tal vez para explorar el terreno, salió huyendo de la sala de máquinas. Pero la presencia del extraño se iba acercando hacia Lucía y muy pronto estuvo frente a ella. «¡Te pillé!» Dijo la voz de Mario mientras sus brazos la rodeaban por la cintura.

Lucía le cogió las manos y palpó sus dedos: el anillo estaba allí, en el dedo anular de siempre, y el ganador quería su premio.

Mario comenzó a besar su cuello, sus labios, pero ella estaba paralizada por el descubrimiento y sólo sentía rabia, repugnancia de sí misma.

Sólo entonces comprendió que su cuerpo había sido del extraño y que, únicamente ahora, estaba delante del hombre que quería. Que en aquel momento el desconocido se alejaba y se burlaba de ella y del marido, que quizás desde el primer momento, alguien que conocía sus escapadas nocturnas estuvo al acecho para hacerla víctima de su propio juego.

Un hombre vil y abyecto que no tuvo escrúpulos en engañarla aun a riesgo de ser descubierto. Un hombre sin rostro que podía ser Héctor, el viajante, aquel viejo verde que vivía junto a la peluquería, uno de esos albañiles zafios que le silbaban desde el andamio o cualquiera de esos estudiantes ávidos de sexo que pululaban por las discotecas.

En la noche oscura todos los gatos son del mismo color y todos hincan sus garras sobre la presa con idéntica destreza. Sólo hace falta una gata en celo.

Mientras Mario la desnudaba, Lucía borraba sus lágrimas y callaba sus gemidos. No quería que él lo supiera. Aquel era el momento tantas veces esperado, no podía destrozárselo también a él.

Así, frente a su tristeza, él se sintió halagado porque creyó que sentía emocionada. Y al abandonarse a sus brazos no supo que, en aquella ocasión, no buscaba su deseo sino sólo su cobijo, y cuando Lucía gimió, él pensó que sentía placer, pero sólo era dolor.

Esta vez su cuerpo si era el de Mario pero, obsesionada en el engaño, lo sintió distante, como un regalo que no merecía.

En la noche de primavera los grillos cantaban como si estuviesen de fiesta, Mario estaba junto a ella y le hablaba, ajeno a su desdicha, y sus palabras se escuchaban sobre el rumor del río y, sin embargo, por primera vez, Lucía no era feliz.

El deseo era ciego como la noche y bajo su negro manto ni el cuerpo ni los ojos tenían nombre, sólo eran materia con la misma textura, como anónimos granos de trigo en un granero.

Cómo no sintió que era otro. Por qué sus sentidos fueron tan torpes como para no descubrir al impostor y en cambio mostraron tanto ardor por alcanzar el placer era algo que Lucía no alcanzaba a comprender.

El tacto de sus manos, su boca, su lengua, se entregaron a la pasión y no delataron al extraño. Su olfato no detectó que su olor era otro. Sus ojo sólo fueron dos carbones sin mirada y su oído no escuchó nada de sus labios.

Ahora, durante algún tiempo, detrás de cada hombre, vería el rostro anónimo de aquella noche, la sombra imprecisa del villano con el que había hecho el amor por expresa voluntad.

La risa burlona del desconocido podía esconderse en cualquier hombre. La oscuridad no tenía rostro, ni nombre ni apellidos.

Jóvenes o viejos, guapos o feos, vulgares o elegantes, de sonrisa impecable o desdentados, todos podían ser el tercer jugador y Lucía podía verlo en todas partes. Tratar de olvidarlo no sería fácil.

El paraíso de Venus

Dormía siempre con las estrellas más hermosas del cine o de la moda. Una selección de los mejores despleables de Interviú y Play-boy que, desde hace un año, la decoración fundamental de su cuarto.

Todos los días las contemplaba y, de forma inevitable, sentía la inmovilidad de las imágenes, la eterna sonrisa de provocación y desafío a su masculinidad adolescente.

En más de una ocasión soñó que alguna de ellas le invitaba a salir con él o quedaban en la suite de un lujoso hotel, prohibitiva para el común de los mortales. Una habitación más grande que su casa, con una cama gigante, adornada con finos brocados, donde él era el don Juan que saciaba el apetito de sus famosas compañeras de cuarto.

A falta de otras más cercanas, soñaba con ellas, como si en uno de esos caprichos del destino cinematográfico un día fuese posible codearse con ellas de igual a igual.

Las chicas famosas tenían algo especial. Sabían seducir con una mirada y decirlo todo con un simple gesto. Y cuando hablaban uno quedaba colgado de ellas para siempre. Nada que ver con las chicas del instituto, que eran unas mocosas con la misma pobreza de horizontes que la suya.

Él quería viajar y amar a las mujeres más guapas y famosas de la tierra. Mujeres bandera, de las que despertaban la envidia y la admiración de los demás. Mujeres ricas, voluptuosas y sensuales, capaces de transportarte al paraíso con un sólo beso.

Pero había una chica en particular que Camilo adoraba sobre todas las demás. La modelo mulata y de cuerpo escandaloso que aparecía en un spot de ron cubano.

Ella era una diosa, la reina de todas las bellezas, una Venus caribeña

que desde un acantilado mortal se precipitaba en el mar en mitad de la noche e, indemne, era rescatada de las aguas por un amante latino.

Tenía el anuncio grabado en vídeo y cuando estaba a solas lo ponía una y otra vez, como si su mirada incansable necesitase más y más de ella, y él fuera el héroe que la salvaba de perecer ahogada en el océano y la llevaba en brazos hasta la orilla.

Una mulata perfecta y descomunal que emergía de las profundidades como una de las sirenas que tentaron con su canto a Ulises.

Ninguna superaba en hermosura a la mulata, ninguna como ella sabía nadar y mover las caderas al ritmo del son cubano. Sólo ella destacaba por encima de todas las demás y tenía un hueco en su corazón.

¡El Caribe!. Playas de arena blanca con cocoteros y pájaros exóticos. Daiquiris en una tumbona, sol y ella. ¿Se podía pedir algo más?

Si, se podía pedir no despertar de ese sueño, no chocar con la cruda realidad. No ver los reflejos satinados de los posters de su cuarto, no comprender nunca que sólo eran mujeres de papel y jamás conocería a las verdaderas protagonistas de carne y hueso. No sentir la insalvable distancia que le separaba de sus sueños.

Camilo era un simple estudiante de secundaria. Vivía en una de esas ciudades dormitorio del cinturón industrial de Madrid, donde los obreros se arraciman en colmenas de cemento. Una ciudad gris, en medio del gris contaminado de Madrid, con pisos fríos y parques sembrados de jeringuillas por los que el vecindario no se atrevía a pasear.

Nunca había estado en Cuba y era probable que nunca lo estuviera. Allí, su padre le había contado que la arena de las playas era tan blanca como el nácar y las mujeres bailaban por la mínima causa en cualquier esquina. Allí no existía el frío y los cubanos llevaban el ritmo en el cuerpo y con las manos hacían música. En Cuba la gente era tan cálida y agradable como la propia temperatura y el azul del cielo era tan puro que uno podía enamorarse de sólo contemplarlo.

Y Camilo soñaba con viajar hasta Cuba y encontrar a la mulata del acantilado, y en las abigarradas paredes de su cuarto colocó un poster con palme-

ras, que atribuyó a una de las playas de Varadero y, durante mucho tiempo, fue el idílico escenario de sus sueños.

Y su abuelo, cada vez que le veía mirar los posters le decía: «Sal a la calle chaval, hay que saber mirar más allá de los papeles. Mira a los ojos de las mujeres de verdad, háblales, haz amistad con ellas. Eso es lo natural».

Pero Camilo no le hacía caso porque necesitaba vivir un sueño para soportar la pesada carga de la realidad.

Leyó todo cuanto encontró en la biblioteca sobre Cuba y supo que mientras a él le salían sabañones en invierno, allí iban de manga corta y se bañaban porque la temperatura media era de 22 grados.

Y por su mente, en las aburridas clases de matemáticas, pensaba en el Cabaret Tropicana, el oleaje del mar acariciando sus pies, la mulata y él revolcándose sobre la arena, ella bailando y provocándole, noches de pasión bajo la luna y las palmeras.

Pero con el tiempo sus compañeros empezaron a burlarse de él, de la mulata del ron cubano a la que no había visto más que en televisión, de sus «vacaciones» en el Caribe, de las tapas de foie-gras que una y otra vez enviaba para ver si le tocaba uno de los dos viajes que sorteaban a Cuba, de sus ilusiones, de sus sueños imposibles.

Poco a poco, todo aquel castillo de naipes que Camilo había construido a su alrededor se fue derrumbando bajo el peso de la realidad.

El mundo real era ver a través del balcón de su casa a una vecina gorda y vieja y suspender las matemáticas, y jugar al fútbol con latas de Coca-Cola mientras los camellos vendían coca. El mundo real era ver a su padre convertido en esponja delante del televisor después de una larga jornada de trabajo en una fábrica de colchones.

La realidad era ver como su abuelo se lo hacía encima y lloraba por no darse cuenta, y escuchar las broncas entre sus padres, y oler el tufo a col cocida que su madre le obligaba a comer, porque «había que comer de todo».

La verdad sin ambages era encontrarse muerto a un yonqui en el banco de un parque, y ver a Florita hacer la calle, porque, según decía, era «puta por obligación» y tenía cinco hijos que alimentar y un chulo que se bebía casi todo lo que ella ganaba.

El pan de cada día, sin fantasías, era enterarse de que el padre de un amigo lo habían despedido y era el único que ganaba dinero en la casa.

El presente, huérfano de alharacas, era contemplar a su hermana, triste y embarazada, mientras su novio estaba en Alcalá Meco para dos años por robar un radiocasete.

El día a día era ver como, poco a poco, todo el mundo dejaba de soñar, de amar, de ilusionarse, de apreciar la belleza y saber encontrarla. Poco a poco todos se iban integrando en un mundo rutinario y sin aristas y mostraban su incapacidad para ver más allá de lo tangible.

La historia de todos los días la escribía la costumbre y una realidad sin horizontes. Y para echar más leña al fuego todos seguían una filosofía del sufrimiento, en donde la obligación estaba antes que la devoción, el trabajo se antepone al placer y el dinero era el capitán de un barco que naufragaba en su afán superlativo por verse crecer.

La realidad pura y dura era ver los sueños rotos cada amanecer mientras en la tele la gente se sentía pletórica y disfrutaba por todo.

«Estoy orgullosa de ser mujer, me siento feliz» decía una joven en un anuncio de compresas con alas. Pues su madre compraba las mismas compresas y estaba harta de ser mujer, de limpiar, de barrer, de lavar los platos y de que le dolieran los ovarios y, por supuesto no era feliz.

«Con un yogur al día funcionarás mejor» afirmaba un presentador de televisión. Su padre tomaba yogur todos los días y siempre se quejaba del reuma, del estómago, de las cervicales y aseguraba que ya nada le funcionaba.

Y por la misma regla de tres, beber el ron cubano que anunciaba aquella mulata, era como tomar una poción mágica para conducirte al paraíso y disfrutar la fiesta y la belleza. Era hermoso, pero era mentira.

La publicidad, la televisión, un mundo aparte que nada tenía que ver con el que Camilo vivía. Pura fantasía en un mundo cruel en el que los sueños se hacían añicos todos los días.

Jamás había probado un daiquiri y jamás conocería personalmente a la anónima modelo de un spot de 60 segundos.

Camilo dormía solo y la cama, como los sueños, le quedaba grande, como quien deja caer una piedra en medio del mar.

Pero un buen día su amigo Sergio le dijo que su primo Mario, que trabajaba en el hotel Palace de camarero, le había dicho que la mulata del ron cubano se alojaba allí.

Sin pensárselo dos veces, al día siguiente, en vez de ir al instituto, ambos se presentaron en el hotel.

Después de hora y media de espera en el lujoso hall del Palace sin que la mulata apareciera, Mario fue a retirar el desayuno a su habitación y le dijo que dos amigos estudiantes querían conocerla. Ella aceptó la invitación.

Cuando llegaron a su habitación ella les recibió con una bata blanca de satén bajo la que despuntaban los pezones y se insinuaban todas las curvas de su cuerpo.

Camilo apenas podía articular palabra. Estaba en uno de los hoteles más lujosos de Madrid y la chica de sus sueños, que se llamaba Valeria, estaba frente a él y preguntaba su nombre.

Y él, nervioso, y sin apenas saber qué decirle, le preguntó por Cuba, por el son cubano y el ron que anunció, pero Valeria le respondió que no era cubana, sino venezolana, no sabía bailar el son y además era abstemia. Por eso durante el rodaje del anuncio siempre bebió agua.

Su voz era cálida, como debía ser el calor tropical de la selva venezolana y la sensualidad de su piel morena le erizaba el cabello. Sus manos alargadas le hacían pensar en lo mucho que podrían abrazarlo, en las caricias que habrían procurado a decenas de amantes, en aquella hermosa fuente de placer que sólo estaba a unos centímetros de él.

Pero en ese momento, de una puerta contigua, salió una chica rubia muy guapa y le dio un largo beso en la boca a Valeria.

Los dos amigos se quedaron estupefactos.

Camilo, que de nuevo empezaba a soñar, una vez más vio destruidos sus paraísos. La chica de sus sueños, la mulata de rompe y rasga. Aquella hembra sensual y salvaje que durante muchas noches trató de imaginar gozando con él en las playas de Varadero. La chica que en sus sueños paseaba al anochecer bajo las palmeras y la luz de la luna, la mujer tantas veces deseada en la soledad de su cuarto, a la belleza serena que tantas veces vio en aquel anuncio de ron, le gustaban las mujeres.

Valeria denotó el gesto de sorpresa de los dos amigos.
«¿Nunca habéis visto besarse a dos mujeres?».

Pero sin esperar la respuesta, hizo las presentaciones de rigor. «Os presento a Angela, mi novia».

Todo lo que sucedió después fueron gestos y palabras inútiles. El beso que también a él le dio en la boca sólo le supo a tabaco. Su larga cabellera negra rozándole la cara ya no le inmutó. El suave perfume a albahaca y a mar que exhalaba su rostro no consiguió tentarle.

Su risa, su mirada hechicera, su sensualidad y su exótico acento ya nada significaron para él. Y la firma de Valeria, estampada en la camiseta que llevaba puesta, ni era ni jamás sería un recuerdo inolvidable, sino un vulgar garabato, una burla cruel del destino.

La Venus con la que tantas noches soñó había destrozado su paraíso, y ahora descubría que sólo había existido en su imaginación. El mundo real de nuevo rompía sus sueños y le daba la bienvenida.

El enemigo y las sombras

El cielo estaba cubierto de un gris sucio y suaves ráfagas de viento aventaban las hojas secas de los árboles. El Parque del Retiro aparecía desierto y silencioso, como una balsa de aceite en medio de un mar proceloso, agitado por la furia del viento y las tormentas. Como una isla perdida en una latitud remota, poblada tan solo por amantes que se besaban en paz.

Hacía muchos años que el comisario Pedrosa no pasaba por el Retiro. El peso de sus ocupaciones le había llevado siempre hacia el bullicio de la gente, a husmear por antros fétidos e irrespirables y sobre moquetas palaciegas, tan llenas de esplendor como de miseria. Pero apenas había tenido tiempo de pasear por el Retiro. Magnetizado por la prisa y el caos de Madrid, parecía haber olvidado que también existía la paz, el silencio, el amor y el aire limpio. Que había otro mundo más hermoso que el que a diario conocía.

¡Pasear!, sin semáforos, sin el ruido de los automóviles rugiendo a su alrededor, sin mirar el reloj. Pasear viendo caer las hojas de los árboles. Sentir el olor de la tierra regada bajo sus pies y avanzar. Andar y andar en silencio. Ver volar los pájaros sobre las sombras del estanque. Contemplar el palacio de cristal, tan blanco, tan inmaculado que parecía sacado de un cuento de hadas. Caminar y olvidar, dejando atrás aquello que nunca debió suceder. Perder tras sus pasos la memoria y todo rastro de identidad y no pensar en nada. Pero era imposible. Aquella cara que ahora mentalmente se dibujaba en su cabeza, aparecería mañana en los noticiarios de televisión, en las primeras páginas de los diarios y en esas revistas que tratan sobre todo de romances de famosos, crímenes pasionales y cremas de belleza y que leen con especial delectación las mujeres ávidas de curiosidad y de morbo. Aquel hombre que nació en una aldea de la Mancha y robó el tiempo a las noches para poder estudiar y midió hasta la última moneda para vivir en pisos compartidos, fríos y baratos de un cinturón industrial y obtuvo la cátedra de filosofía y letras en

una importante universidad con la fanática obstinación del aldeano sin recursos que se aferra a los libros como única salida que lo libraría de una tierra miserable. Aquel hombre, tan singular y admirado había matado hacía apenas unas horas a una mujer muy especial.

Hasta ayer el comisario Pedrosa había creído que es posible vivir bordeando con habilidad la desgracia y la injusticia. Que hay una amplia frontera entre el bien y el mal, entre la felicidad y la más completa desdicha, entre lo verdadero y lo falso. Pero aquella tarde ya era imposible construir ningún muro de separación. Entre el mundo confortable y tranquilo en que viven las personas honradas y los arrabales de miseria y las cárceles perdidas y los parques del extrarradio, infectados de jeringuillas y malhechores, había simplemente una pared de papel. Atravesarla era una cuestión milimétrica.

El comisario Pedrosa salió del Retiro, bajó la cuesta de Moyano y al llegar a la mitad del Paseo del Prado, abrió la portezuela y se sentó al volante de su Fiat metalizado y avanzó hasta volver a detenerse ante el semáforo en rojo. Echó una breve ojeada por el retrovisor: un río de automóviles se agolpaba detrás suyo. A su lado un autobús humeaba como una chimenea.

Humo, ruido y coches, ese era el panorama diario de Madrid. Un infierno al que resultaba imposible lavarle la cara. Una ciudad infectada de yonquis, chorizos, estafadores y asesinos a sueldo. Una ciudad no recomendable ni para morir pero en la que llevaba viviendo más de veinte años.

En el fondo pensó que le gustaría vivir en un pueblo perdido, o quizás en uno de esos caseríos remotos, a muchos kilómetros de distancia de la civilización. Olvidado y tranquilo. Tratando gente cabal y sencilla que sudaba la camisa y dormía con la conciencia tranquila. Alejado de cualquier propósito que no fuese vivir en paz. Como en la infancia. Cuando él y su hermano corrían a través de los campos de trigo hasta ponerse el sol. Y en las noches de verano se sentaban con sus padres en sillas de enea a tomar el fresco en el porche. Igual que aquellos días que se bañaban en la alberca del tío Cosme y se hartaban de cerezas en su huerto. Y aprendían a beber vino en porrón y soñaban con la prima Margarita, aquella chiquilla larguirucha que le gustaba pintarse los labios y ponerse medias y que más tarde se casó con el hijo del teniente, el «medio tonto».

¡Vivir como entonces!. Con el aire oliendo a pino, espliego y romero. Li-
gando con aquellas muchachas con turbante, pelo hasta la cintura y canesú,
para las que casi todo era pecado. Traduciendo directamente del corazón poe-
sías de amor. ¡Vivir como aquellos días!. Unidos, con el alma limpia y pura y
los sueños a flor de piel. Juntos para imitar de nuevo a los héroes de las pelí-
culas y, escondidos tras las encinas, jugar al juego del olvido:

-Olvida que eres mi hermano.

-Olvida que me conoces. Tú no me has visto en tu vida.

-Olvida que compartimos la misma habitación. Yo soy tu enemigo anónimo y
voy a intentar matarte. ¡Defiéndete!

Olvida. La palabra resonaba en sus oídos como un eco lejano, pero con
un nuevo y doloroso significado. Como si aquella inocencia infantil se con-
virtiese en una mordedura de víbora y el veneno se extendiese por todo el
cuerpo.

- Yo te disparé primero. ¡Estas muerto!

- ¡No, fui yo. Te vacié el cargador!. ¡Tú estas muerto y yo estoy vivo!

- ¡No, eso es mentira!

- ¡Es verdad y te voy a dar para que aprendas!

- ¡No!, ¡ay!, ¡ay!. ¡Déjame!. ¡No me peques!. ¡Olvidalo todo!. Olvidalo. Em-
pezaremos de nuevo.

- No, no quiero. ¡No eres mi hermano!. No te conozco. No te he visto en mi
vida. Eres mi enemigo.

Las voces se repetían una y otra vez. Viejos recuerdos recobrados, como
viejos fantasmas en un Madrid ajeno y amargo. Sangriento y extraño.

Olvida. La vida estaba llena de recuerdos tan necesarios de olvidar como
imposibles de dejar atrás. Convertidos en enemigos interiores que lo seguían
a uno donde quiera que fuera. A caballo entre el amor y el desengaño pero con
un afán implacable.

«Olvida que eres mi hermano. Dime que no me has visto jamás. Dime
que me odias. ¡Dispara!..»

En aquel momento el claxon del automóvil que le precedía, sacó de sus
recuerdos al comisario Pedrosa. El semáforo estaba en verde.

Si, hubiera querido jugar al juego del olvido. Aquel día más que nunca

deseaba olvidarse de quien era. Sentirse como un extraño. Oír las palabras de su interlocutor como las de todos aquellos asesinos anónimos a los que había tomado declaración. Medirlo con una mirada de desprecio. Olvidarlo a su suerte tras los barrotes de una celda y archivar su ficha y el informe del caso con una frialdad de muerte. Pero no ocurriría así y el comisario Pedrosa lo sabía.

Al pasar un cruce de semáforos el Fiat giró en dirección Aluche. Avanzaba despacio, como si no tuviera ninguna prisa en llegar, pero se moría de ganas de disparar hasta la última bala del cargador.

Cuando llegó era completamente de noche y la cárcel de Carabanchel presentaba un aspecto de lo más siniestro. Como una de esas ciudades dormitorio que reposan su lecho de abandono y silencio.

Hubiera querido que se tratase de una pesadilla más de aquella profesión de locos. Que todo fuera un malentendido. Pero el comisario Valdés había sido tajante revelando la identidad del verdugo y de la víctima. Sus afirmaciones, contrariamente a su costumbre, no se extendieron en detalles pero tampoco admitían el más ligero error. Y esa triste convicción le confirmaba más y más la realidad. La verdad fría y sin embozos.

El criminal que aguardaba entre rejas no era un hombre anónimo, ni una cara más a la que pronto olvidaría. Aquel hombre que ahora yacía en un jergón de la cárcel de Carabanchel no era como los demás. Aquel asesino que había estrangulado a una mujer en el número 98 de la calle Fuencarral hacía tan sólo unas horas probablemente ahora pensaba en el comisario Pedrosa y sabía que no dudaría en acribillarlo a balazos allí mismo. Y quizá acaso también sabía que eso era lo mejor.

Era curioso comprender para alguien como el comisario Pedrosa, con tantos años en el cuerpo de policía, que no había aprendido lo más mínimo. Hasta entonces había pensado que todos los hombres eran de la misma calaña. Una especie maligna y sin entrañas. Gente sin sentimientos que andaba siempre metida en líos. Bestias sin escrúpulos a las que les daba lo mismo trinchar un pollo asado que rebanar un pescuezo humano. Seres rastreros y dementes que actuaban con una frialdad de estatuas. Ahora, cuando rondaba los cuarenta y cinco años y tenía el pelo escaso y entrecano, comprendía que estaba totalmente equivocado.

Dentro de cada hombre había un asesino en potencia. Quizás cualquiera en ciertas circunstancias y momentos podía ser un asesino. El honrado ciudadano de vida ordenada que asistía al trabajo limpio y pulcro llevaba consigo un alma de asesino. El niño que mataba gatos a pedradas en el arrabal tenía una parte de asesino. La mujer que deseaba fervientemente la muerte de su marido incubaba un sentimiento asesino. Y hasta él mismo, que en aquel instante sentía un irresistible deseo de matar, podía convertirse de un momento a otro en un asesino. La frontera entre el criminal y el honrado ciudadano que pagaba sus impuestos era tan frágil como el papel. Del odio y el rencor al asesinato sólo había un paso.

El comisario Pedrosa se identificó y pasó al hall donde le atendió un funcionario.

- El comisario Valdés me aseguró que vendría. Pero si he de serle sincero, ya no esperaba que viniera.

El comisario Pedrosa miró al funcionario con un gesto de reprobación. Quizás él ya estaría informado de quien era la persona que iba a visitar. Tal vez supiera con detalle cómo sucedió todo. Puede que incluso en aquel momento advirtiera el cansancio y la tristeza de un hombre que no tenía en quien confiar y había cambiado la necesidad de querer por un odio corrosivo. Pero eso ya no importaba. Mañana el nombre de aquel asesino circularía de boca en boca en todas las comisarías y rincones de Madrid. Y los informativos de la radio darían el nombre y los apellidos de un hombre que había pasado del prestigio a la vergüenza en un solo día. Su foto aparecería en las páginas de sucesos de todos los diarios de la mañana para satisfacer el deseo de lectores ávidos de truculencias que buscaban el hedor de la sangre y de la muerte entre la letra impresa.

Sí, qué importaba. Era cuestión de horas. Quizás aquella misma tarde la foto de una conferencia o cualquier acto público que había servido para encumbrarle, ahora era transmitido por telefoto desde alguna agencia de noticias para proporcionarle la mayor humillación de su vida. Puede que hasta algún cámara avezado hubiese conseguido grabar la imagen de un hombre destrozado por un crimen que, tal vez, ni él mismo alcanzaba a comprender,

pero que sin duda serviría para que millones de personas escrutasen en su rostro un instinto cruel y asesino.

Sin embargo, pese a todo ello, el comisario Pedrosa, inquirió al funcionario:

- Y el comisario Valdés también le ha dicho que el huésped de la 621...

- No, no me dio ninguna explicación sobre él, únicamente sé lo que consta en el libro de registro. Veamos. Si, aquí está. 621, Esteban... ¡Anda!, vaya coincidencia señor comisario.

- Si, una coincidencia cojonuda.

El funcionario, solícito y aturdido, acompañó al comisario Pedrosa hacia la sala del vis a vis.

Envueltos en el olor a desinfectante de las baldosas, mientras avanzaba por el largo pasillo y sus pasos resonaban en la bóveda con un eco sepulcral, el comisario Pedrosa podía sentir en su costado el frío metálico de su pistola. Una Magnum 47 que ya era parte de su cuerpo y a la que ahora notaba extraña y mortal. Como si por primera vez comprendiera el valor de la vida y de la muerte que ella entrañaba.

Había delitos que sólo podían pagarse con la muerte y aquel era uno de ellos. Pero, si inevitablemente disparase hasta la última bala del cargador contra aquel asesino, ¿la víctima de la calle Fuencarral recuperaría la vida?.

Al llegar a la sala del vis a vis, el comisario Pedrosa se sentía tan cansado como si viniese de librar una guerra. Cinco minutos más tarde llegaba el detenido. Esteban Pedrosa Fernández, su hermano. Estaba llorando y presentaba un aspecto deplorable.

- No lloriques como un colegial. ¡Dime por qué lo hiciste!. ¡Por qué maldita sea! -gritó el comisario devorado por el odio-

- Ella era mi mujer y yo la quería. ¿Lo entiendes?, ¡yo la quería!.

Esteban Pedrosa, el insigne catedrático de Filosofía y Letras, estaba tan destrozado que no acertaba a responder.

No era fácil confesarle que él y su mujer eran amantes desde hacía más de un año. No era sencillo explicarle que había asesinado a Elena al negarse a abandonar al comisario Pedrosa.

El catedrático Esteban Pedrosa, orador de verbo fluido y léxico abundante, no podía articular ni una sola palabra. Era un muñeco roto en llanto.

- ¡Cómo has podido hacerme esto a mí!. ¿Por qué?. Contesta, maldito asesino!. ¡Por qué! -vociferó el comisario Pedrosa mientras apuntaba a su hermano con la Magnum 47-.

- Elena y yo... nos queríamos. Pero nunca tuvimos el valor de decírtelo. Le dije que viniera conmigo para siempre. Elena se negó y yo... no pude soportarlo -balbució el catedrático como un niño-.

- ¡Eres un cerdo!. ¡Maldito seas!. ¡Te voy a matar!

El comisario Pedrosa echó hacia atrás el percutor y, extendiendo los brazos, apuntó directamente al corazón de su hermano. El catedrático sudaba asustado.

Si, sería un disparo en pleno corazón. Un solo balazo que le levantaría las entrañas sin más contemplaciones. Un impacto directo y contundente para producir una muerte instantánea.

Le tenía bien encañonado. No había fallo posible a tan corta distancia. El comisario Pedrosa puso el dedo en el gatillo.

En aquel instante, lleno de dolor y de ira, con la firme convicción de que ya nunca podría limpiar su conciencia, estalló la voz de Esteban Pedrosa:

- ¡Dispara!. ¡Te he traicionado!. ¡He matado a tu mujer!. ¡Soy un asesino!. ¡Dispara!. ¡Dispara!. ¡Dispara!.

El comisario Juan Pedrosa, contra todo pronóstico, se detuvo. Había una condena mayor que la muerte. Existía un dolor que sobrepasaba los límites de las torturas más crueles. Contaba con un veneno cuyo efecto era recíproco y podía infligir más daño que cualquier castigo imaginable.

El comisario Pedrosa lanzó una mirada de odio profundo a su hermano y dijo:

- Tú no eres mi hermano. Olvida que te quise algún día. Olvida que te conozco. No te he visto en mi vida. Estás muerto.

Dos máscaras

Mariví se peinaba con desdén su largo pelo ante el espejo del cuarto de baño. El pelo no tenía la culpa de nada, pero a menudo era objeto de sus iras.

Su mano diestra pasaba el cepillo rauda y nerviosa, como si necesitara descargar la cólera que llevaba dentro. La cólera que no se atrevía a liberar con su madre, con quien compartía techo y comida todos los días, causa de su malhumor.

Mariví se miraba al espejo a solas, con la puerta bien cerrada, como un rito de rebeldía íntimo en el que la mente pensaba en silencio y pasaba factura a las actuaciones de su progenitora.

Es una vieja tacaña y con un humor de perros. No había más que verla tasa el aceite en la sartén o comprar los tomates por cuartos para saber que en aquella casa se aprovechaban hasta las hojas de los rábanos. Eso por no mencionar la ruin actitud de almacenar los víveres bajo llave en el armario de su dormitorio. La botella de anís El mono, los mantecados, las galletas, las aceitunas, las garrafas de aceite de oliva...

No sólo no se fiaba de su propia hija, sino que era tan egoísta que tampoco se atrevía a compartir lo que más le apetecía con ella. La excusa era la de siempre, la que mejor honor hacía a su miseria e hipocresía: “los hijos son malos administradores y lo derrochan todo a manos llenas”

¡Manos llenas!. ¡Valiente sandez!. Todo contado, escatimado y tasado. Todo pedido, como si ella fuese un mendigo y ahora resultaba que era por culpa de sus “derroches”. Qué iba gastar si no tenía qué.

Y cuando blandía el bastón en alto y vociferaba porque se había roto una pieza de loza hasta Cristo se ponía firmes: ”¡manirrota!, ¡inútil!. ¡Te voy a poner a servir hasta que me compres una vajilla nueva!”.

Los domingos era el acabóse, el colmo del dispendio. “Mariví, aquí tienes

500 pesetas. No las gastes. Para eso están los novios, para pagar lo de los dos”. *Así que ya se sabía, cuando él novio no podía acompañarla, toda la tarde gastando suelas.*

¡Vieja tacaña!. Cualquiera día la empujaría por las escaleras y allí paz y después gloria. Así se acabaría su tiranía y su miseria y podría hacer lo que le viniera en gana sin estar sujeta a su yugo.

Doña Socorro, sesteando en la mecedora, sabía que cumplía con su papel de madre. Desde que nació la niña había que ver cuántos desvelos.

Todavía recordaba aquella infección en los oídos que le hacía llorar de la noche a la mañana y no le dejó pegar ojo durante meses.

De niña aquellas fiebres reumáticas que no le afectaron al corazón, y sin embargo, a ella la mantuvieron en vilo durante años, visitando especialistas y caros doctores de pago que le hicieron tirar la casa por la ventana.

Una vez que empollinó y le creció el pecho casi fue peor. Todos los días le leía la cartilla y todos los días la incumplía.

No vengas a casa después de las once. *Pues nada, ella llegaba pasada la media noche.* No vayas con esas amigas que no son de fiar. *Mariví como si oyese llover.* Estudia y lábrate un porvenir. *Pues igual que si le hubiese hablado a la pared. Suspendió el bachiller y luego arrinconó los libros para dedicarse a holgazanear y provocar a los jóvenes.*

Una y otra labranza sobre aquel campo yermo. Erre que erre noche y día para hacer de ella una mujer de provecho y ¿qué había conseguido?. Nada, una niña díscola y torpe que no veía más allá de sus narices.

Siempre sufriendo, entonces y ahora. Antaño por unos motivos y hogaño por otros. En todo momento con la firme voluntad de sacarla a delante, de que no se malograra, de que fuese honesta, de que creciese sana, de que se abriese camino. Y todo para qué. Para que al final fuese una alimaña rebelde capaz de sacarle las uñas.

Siempre de mala gana y renegando del trabajo. Y si por lo menos lo poco que hacía lo hiciera bien... Pero nada. La limpieza de la casa a regañadientes. Como cocinera un verdadero desastre. Calceta no, porque no se llevaba, punto de cruz tampoco y los bordados los abandonaba antes de empezar.

Si al menos hubiera valido para buscarse novio otro gallo cantaría. Eso hubiera demostrado que tenía miras de cara al día de mañana y no era tan torpe como aparentaba. Pero tampoco.

Ella, como madre, quería lo mejor para su hija. Por eso siempre pensaba en alguien que fuera buen partido. Un hombre de carrera o con posibles para que nunca en la vida pasara necesidad y viviera como una señora. Pero qué va. Mariví tenía que llevarle la contraria también en eso. Y de la misma forma que iba sin miras en los quehaceres de la casa, acabó colocándose la venda en los ojos a la hora de buscar novio.

Mariví perdió la brújula y se ennovió con aquel cantamañanas de Sixto. Otro que ni para silla ni para albarda. ¡Un triste botones!, un porteador de maletas en un hotel de tercera, un correveidile sin fuste ni hermosura y con un sueldo que era pura calderilla. Ya era menester darle la espalda al porvenir.

A veces sólo pensaba en perderla de vista y hasta soñaba con la paz que dejaría su ausencia. Una huída sin retorno a un país lejano, con el jodido botones o con quien fuera, una boda para irse a vivir a Fernando Poo, cualquier situación que la obligase a salir de sus faldas.

Un día de aquellos la mandaba a servir para que la dejase en paz.

Mariví salió del baño atropelladamente. Doña Socorro se levantó de la mecedora y ambas coincidieron en el pasillo. Como todos los días, en sus cabezas se afilaban los puñales y el odio envenenaba los pensamientos, pero ambas se miraron y esbozaron una sutil sonrisa.

Como si estuviesen en un escenario, durante unos segundos, los rostros avinagrados de hacía sólo unos instantes se transformaron en dos máscaras bien educadas.

*La madre beso a su hija en la mejilla y le dijo: buenas tardes, tesoro.
La hija respondió: muy buenas, madre, ¿has dormido bien?*

Manuel Picó Descalzo es Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona y colaborador en agencias de publicidad de Barcelona y Madrid, he trabajado durante varios años en Granada como creativo publicitario y guionista.

Allí realicé parte de los guiones de la serie «Sierra Nevada», emitida en la segunda cadena en el Circuito Regional de Andalucía, así como documentales, reportajes, trabajos publicitarios, notas de prensa para el diario granadino Ideal e incluso noticias para Antena 3 TV, Tele 5, EFE y Edit Media.

En el terreno del vídeo doméstico se han comercializado dos títulos míos: «El esquí y su iniciación con Paco Fernández Ochoa» e «Iniciación al snowboard».

Asimismo he trabajado en los informativos de Canal Sur Radio en Sevilla -»El sur en punto»-

En el ámbito docente he impartido varios seminarios sobre la publicidad en televisión en el Centro de Cultura Audiovisual de Granada (CECAV).

Desde hace algunos años colaboro en una revista municipal con artículos de opinión y he sido colaborador de la revista «La voz de Albacete».

En el terreno literario he conseguido algunos premios como el convocado por la Casa de Castilla-La Mancha en Madrid (1999), así como otros muchos en certámenes locales de las provincias de Albacete, Granada y Ciudad Real.

Actualmente soy corresponsal de la agencia EFE y del diario La Tribuna de Albacete.

Viaje al paraíso y otros relatos es una selección de relatos de corte intimista, la mayoría premiados en certámenes literarios, en los que se tocan temas eternos como el amor, el sexo, la libertad, la vejez, la avaricia y la muerte, y en los que a juicio del autor su imaginación se proyecta hacia fuera para mostrar lo que lleva dentro.

Sus personajes son egocéntricos y perdedores. Luchan y sueñan por algo mejor y se encuentran con un laberinto de dificultades y decepciones, tal vez porque la vida no es fácil y al autor le gusta ponerse del lado de los que pierden y se aferran a un sueño o un recuerdo para salir de un presente monótono e ingrato.

La visión personal de sus personajes lo inunda todo, guiando al lector por un mundo propio en el que, poco a poco, va diseccionando una realidad no complaciente que se alía a los deseos más vehementes, a veces aderezados con algunas pinceladas de humor. Narrado dentro de un estilo recargado, ameno y de fácil lectura, «Viaje al paraíso y otros relatos» recrea las vivencias y sentimientos, a menudo ambientados en el mundo rural para reflejar la antigua esencia de su pasado, pero sin renunciar a lo urbano para poner en tela de juicio sus miserias. Pero sobre todo es un libro que el autor ha escrito desde dentro, fiel a sus pensamientos y a su visión de lo que le rodea.

